

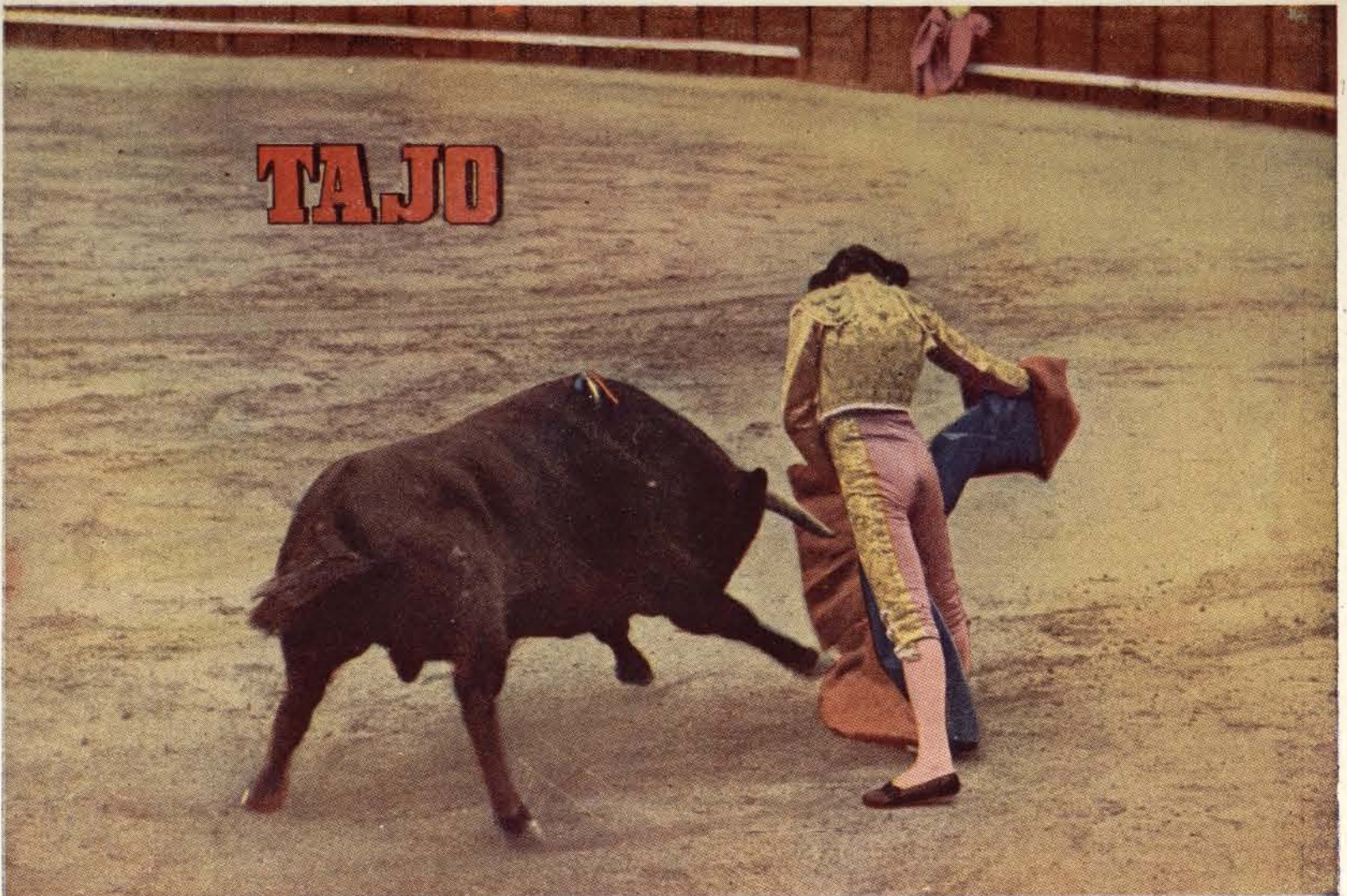
6519

TAJO

200

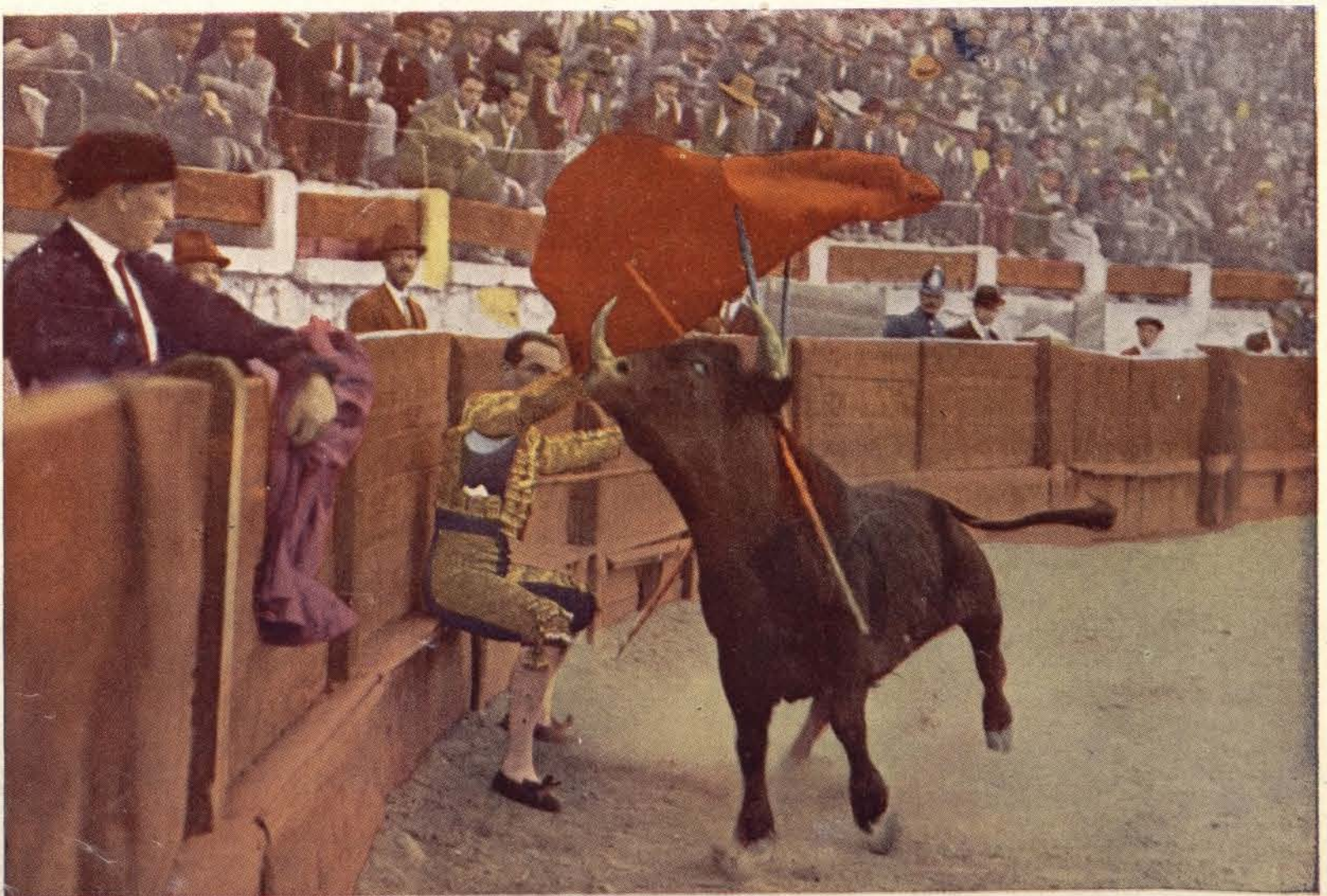


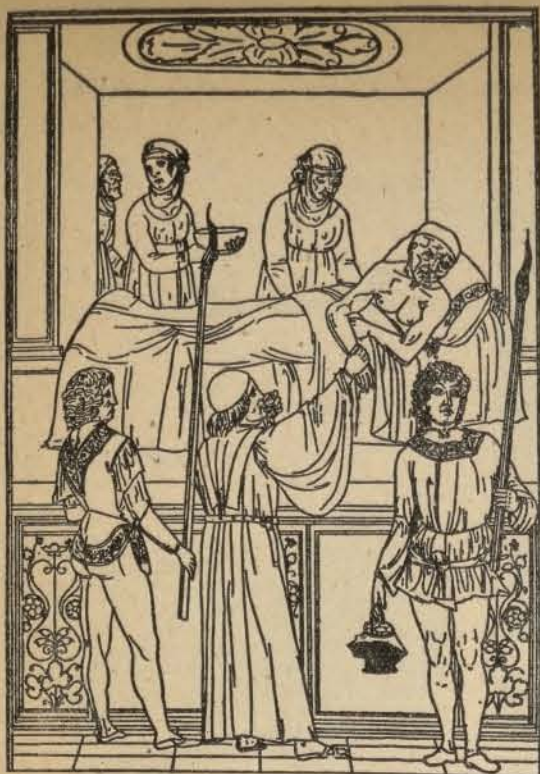
2
PTS



"GITANILLO DE TRIANA".—Un toro de Graciliano Pérez Tabernero, llamado "Fandanguero", núm. 28, negro, acabó en la plaza de Madrid, el 31 de mayo de 1931, con la vida de este excepcional artista.

IGNACIO SANCHEZ MEJIAS.—Un toro negro, bragao, de la ganadería de Ayala, con el núm. 16 y de nombre "Granadino", segó la vida de Ignacio Sánchez Mejías al intentar dar el segundo pase sentado en el estribo. Murió el 13 de mayo de 1934.





Cuando se habla de industria farmacéutica se suele pensar, en general, en la diversidad de medicamentos que se emplean para luchar contra la multitud de enfermedades que ponen acecho a la existencia humana. Pero ésta es una concepción un tanto estricta de la farmacia, ya que deja al margen todos aquellos medios que se utilizan en la lucha preventiva contra las dolencias y las epidemias que pueden representar un mayor peligro. Piénsese si no, por no citar más que dos ejemplos, en el procedimiento a que se ha recurrido para combatir el raquitismo infantil por medio de la vitamina D, y en la acción emprendida para suministrar a los soldados y a los niños de las escuelas la vitamina C, que suele escasear en la alimentación corriente, sobre todo en invierno y en primavera, con los consiguientes trastornos para el organismo. Estas dos campañas se realizan con productos sintéticos, y son posibles, aun en época de guerra, porque los químicos lograron encontrar el modo de producir en el laboratorio cantidad suficiente de las mencionadas vitaminas.

La lucha contra las enfermedades infecciosas, especialmente contra las de carácter epidémico, reviste una particular importancia en tiempo de guerra, en cuanto que su aparición, aparte de los daños materiales que acarrea, es a menudo causa de la depresión moral de los pueblos, y puede influir de manera decisiva sobre la eficiencia de un ejército al mermar la capacidad de resistencia de los combatientes.

Aunque, por lo general, se han calculado muy por lo bajo las pérdidas sufridas por los ejércitos en las pasadas guerras, la Historia no deja de suministrarnos, sin embargo, datos para poder calcular, en determinados casos, la proporción en que las enfermedades, esporádicas o epidémicas, han contribuido al resultado de una contienda. Se sabe, que después de la famosa batalla de Cannas, en que salió victorioso Aníbal, no quedaban con vida más que el 8 por 100 de los soldados romanos, y que la campaña de Italia le costó al caudillo cartaginés alrededor del 50 por 100 de sus efectivos. Las guerras de liberación sostenidas por Alemania, en los pasados siglos, se pudieron llevar a término a costa del sacrificio de un 30 por 100 de los combatientes, y la batalla de Sedán requirió un 24 por 100 de vidas humanas, de las que el 19 por 100 pesó sobre los efectivos del ejército francés.

En estas cifras se hallan comprendidos tanto los muertos a consecuencia de heridas como los fallecidos por razón de enfermedad. Pero si se examinan las estadísticas con algún mayor detalle se queda uno extrañado de la enorme participación de esta última en la cifra de mortalidad. En la guerra de Crimea de 1854 a 1856 las bajas de los francoingleses por enfermedad o infección fueron, por lo

LA GUERRA y la industria farmacéutica

menos, cuatro veces superiores a las ocasionadas por la acción enemiga. En la guerra austroprusiana del año 1866 las pérdidas por morbos corrientes revistieron mucha mayor gravedad que las debidas a la contienda propiamente dicha.

Sólo con la guerra francoprusiana de 1870 la enfermedad pasa a catalogarse por debajo de la intervención del adversario, por lo que hace a las bajas. Pero ocho años más tarde, en la guerra turcorusa, la cifra de muertos por infección volvió a ganar de nuevo terreno. Según los datos de que se dispone, el ejército rusocaucaásico tuvo un número de bajas por epidemia dieciocho veces mayor que el de las ocasionadas por la guerra en el sentido estricto de la palabra.

La pasada contienda mundial nos ofreció también sorpresas muy poco agradables en este aspecto, pues el cuerpo de Ejército del general Sarail, que en junio de 1916 entró en Macedonia con 115.000 hombres, tenía poco después a más de 60.000 soldados fuera de combate a causa de la malaria, y a los seis meses de iniciada la expedición no quedaban sino 20.000 hombres capaces de empuñar las armas. La malaria misma y la epidemia gripal del año 1918 le ocasionaron al ejército norteamericano que intervino en la Gran Guerra más de 58.000 bajas, mientras que las debidas a la actuación bélica no pasaron de 50.000.

Por lo que hace a las tropas alemanas, el número de muertos por malaria se redujo, gracias a las medidas de carácter sanitario, a un 10 por 100, aproximadamente, de las pérdidas totales. Y no se debe echar en olvido que las condiciones higiénicas de muchos de los campos de batalla eran bastantes peores que las del Reich y que los médicos militares germanos tuvieron que luchar contra enfermedades como la malaria y el tifus exantemático.

En la guerra de 1914 a 1918, el mayor tanto por ciento de mortalidad les corresponde al tifus y a la disenteria. El peligro que la primera de estas infecciones representa, cuando no se ponen los medios conducentes a evitarla, puede deducirse del hecho de que todavía en la contienda de 1870, antes de la introducción de la vacuna antitífica, la padeció más del 9 por 100 de las tropas alemanas, mientras que en la pasada guerra mundial el porcentaje descendió al 0,3, a pesar de que el riesgo de contraerla era mucho mayor en el Oriente que en el Occidente de Europa. Estos datos hacen ver ya con suficiente claridad toda la importancia de la vacunación preventiva, pues cada enfermo de tifus representa, como nadie ignora, un nuevo foco para la difusión del morbo.

En la actual contienda se han tomado de antemano todas las precauciones necesarias, y se ha puesto a la disposición del ejército la cantidad necesaria de sueros inmunizantes para que ningún soldado corra el riesgo de la infección tífica. Otro tanto puede decirse de otras infecciones que, como el tétanos, acechaban antes siempre al combatiente que caía herido. Hoy todos los ejércitos disponen en el suero antitetánico de un eficaz preventivo contra este temible morbo. El suero antitetánico ha permitido reducir notablemente la mortalidad por tétanos, que todavía al comienzo de la pasada guerra mundial alcanzaba un tanto por ciento muy poco inferior al registrado en la francoprusiana de 1870, como puede advertirse por los siguientes datos: En 1870 sucumbieron de tétanos el 3,5 por 100 de todos los heridos, y en 1914-1918 el 2,8 por 100. Pero ya en los postreros años de la última contienda, y gracias a la activa producción de suero, sólo hubo un 0,4 por 100 de víctimas.



Hoy se pone también un suero contra la peligrosísima gangrena gaseosa. En aquella época los servicios sanitarios se encontraban además inermes contra la infección general de la sangre o septicemia; en cambio ahora, si bien el riesgo no ha desaparecido totalmente, ha quedado reducido a proporciones mínimas desde que la ciencia alemana descubrió las propiedades quimioterapéuticas de las sulfonamidas y su indiscutible eficacia en los casos de infecciones originadas por estreptococos, estafilococos, etc., y que pueden usarse no sólo como medicamento, sino también como medio profiláctico.

Otra faceta del problema farmacéutico es la que atañe a la posibilidad de procurarse las materias primas indispensables para la producción autárquica de los medicamentos y de los medios preventivos.

Si antes, por ejemplo, para la anestesia local en el caso de una intervención quirúrgica se necesitaba forzosamente de la cocaína, extraída, como se sabe, de las hojas de la coca, hoy se logran los mismos efectos mediante los anestésicos preparados sintéticamente, con los que se suprime, además, el efecto nocivo de aquélla; es decir, el peligro de la cocaïnomanía. La ciencia viene quebrantando no pocos monopolios detentados por aquellas regiones del planeta a las que la naturaleza había prodigado especiales ventajas.

También pudiera traerse a colación el ejemplo, no menos típico, de otro producto farmacéutico procedente de Ultramar. Nos referimos a la quinina, obtenida de la corteza del quino. Hasta el año 1880 la quinina fué el único remedio contra toda clase de fiebres, y el solo específico que vino empleándose contra la malaria hasta hace muy pocos años. Pero en 1880 Knorr descubrió una combinación química que, por su constitución semejante a la molécula de la quinina, denominó dimetiloxiquinina, y resultó ser la dimetilfenilpirazolona, es decir, el piramidón.

Aunque con ello no se había dado todavía con un nuevo preparado contra la malaria, se había encontrado, sin embargo, un eficazísimo medio contra la fiebre y que reunía, por añadidura, una serie de ventajas de que carecía la quinina y, sobre todo, la de calmar el dolor. Este fué un paso decisivo para ir eliminando de la terapéutica a la morfina, otro alcaloide extraído de una planta que, como la adormidera, procede en su mayor parte del extranjero.

Ulteriores investigaciones sobre el núcleo de la quinolina condujeron al descubrimiento de la plasmoquina, otro preparado contra la malaria, de un resultado muy superior a la quinina. Con este remedio y con la atebina, encontrada posteriormente, la industria farmacéutica ha conseguido un triunfo decisivo sobre uno de los grandes azotes que venían diezmando la población en determinadas regiones del planeta.

En las Ventas

LA CORRIDA DEL DOMINGO

Grave cogida del banderillero Roldán

Novillos de MANUEL GARCIA BOYERO

Espadas: Mario Cabré (Barcelona), Manuel Torres "Bombita" (Sevilla) y Máximo Colomo (Navalcarnero).

Día desapacible, por demás; fuerte viento y un frío que entumece los ánimos. Buena entrada en sol (lleno) y menos que mediana en sombra, cuando Cabré (weis y oro), «Bombita» (caldero y oro) y Colomo (tabaco y plata) hacen el paseillo. Preside el señor Breñaño.

Primero: «Abejorro», negro, número 35. Trotón y sin fuerza, se apoya en el viento para sembrar de dificultades la lidia. Cabré, valiente a ratos y fácil con la espada. (Palmas.)

Segundo: «Saltamonetes», negro, número 7. Sale punteando y frenando en la embestida. «Bombita», muy valiente, aguanta los achuchones del de Boyero. Breve y valiente con la muleta, busca el éxito con la espada. Muy en corto, deja media estocada. Un pinchazo en lo duro, entrando bien, y una estocada hasta el puño. (Gran ovación y salida.)

Tercero: Cogida de Roldán: «Martitos», número 31 y negro, como todos los seis. El debutante Colomo toreó al estilo de los pueblos de tercer orden. En la plaza manda el viento. Al entrar los banderilleros con los garapulleros, todos salen perseguidos hasta las tablas. Roldán, en el tercer par, resulta alcanzado. El toro lo pisotea y derrota en el suelo. Intenta incorporarse y recibe una nueva cogida. Por tercera vez es cornearado, pese a que todos los toreros se vuelcan encima del toro. Pasa a la enfermería. Colomo toreó embarrullado. Hace «guardia» en la primera ocasión. Descabello. Remate del puntillero.

Cuarto: «Peregrino», número 19, gordo y con edad. Cabré saca un lance bueno. Colomo toreó por gaoneras. Faena de Mario, sin dominar. Entra sólo dos veces a matar, pero pasa el tiempo y suena un aviso.

Quinto: «Cariñoso», número 27. Manso. Huye hacia las tablas, y toma con dificultad los refilonazos de rigor. Una vara buena. «Bombita» brinda y aguanta un horror en un pase ayudado por alto. El viento deslució toda posible labor. No se arredra «Bombita» y sigue cerca y tranquilo, toreando sobre la derecha y saca uno de pecho bueno. El novillo aprovecha que el viento descubre al torero para tirarle a placer. En uno de los derrotes sale zarandeado «Bombita» y con el traje hecho unos zorros. Sigue sin amilanarse y muy tranquilo entra a herir desde corto, saliendo rebotado y con nueva rotura de indumentaria. El toro sale suelto y coge distraído a «Pilin», que pasa a la enfermería con un puntazo. Cada vez más valiente «Bombita», cobra una entera en la que materialmente se vuelca sobre el morrillo. (Muchas palmas y salida al tercio, montera en mano.)

Sexto: «Andarrios», número 29. Alto de agujas. Más dócil que sus hermanos. Faena vulgar y pueblerina de Colomo, para un pinchazo volviendo la cara, una alta y descabello.

CRITICA

En la tercera corrida de la temporada hizo su aparición el viento sobre las Ventas, y ni que decir tiene que deslució el festejo. Y, lo que es mucho peor, causó el dolor de la cogida grave, al no poder defenderse los toreros en los terrenos que exigía la lidia y darle todas las ventajas a los toros.

La corrida enviada por el ganadero salmantino, sin el viento reinante, acaso hubiese dado motivo a buenas realizaciones de los espadas. Los defectos—mansedumbre y feo estilo en cuatro—acaso hubiesen sido corregidos, y los buenos deseos de los matadores y excelencias del ganado—sólo en dos, que salieron dóciles y suaves—hubiesen completado el éxito para todos. Pero no fue así. Nos quedamos sin saber lo que era una faena completa. Cabré empezó animoso y fué perdiendo vigor, hasta aburrirse por completo frente al cuarto. Colomo puso en juego su repertorio semitrágico del toreo de villorrio y arrancó algunas palmas. «Bombita» se la jugó toda la tarde contra el viento y contra el desconcierto en la plaza. Esperó siempre al toro, dispuesto a no enmendarse, y las coladas le sorprendieron en toda ocasión, sin propósito de abandonar la posición de combate. Varias palizas en el aire, un traje que apenas si cubría lo imprescindible, y una decisión irrevocable de demostrar que sabe matar y que hay en él un buen matador de novillos.



Dos veces ha toreado en Madrid Manolo Torres «BOMBITA» y por dos veces ha sabido demostrar el heredero de un apellido inmortal del toreo que es digno continuador de las virtudes de sus mayores. De la primera vez, el año anterior, exhumamos esta foto en la que irreprochablemente va embebido en la muleta el novillo de García Pedrajas, y de esta su segunda actuación damos la del muletazo por alto a un mansote y gordo novillo de García Boyero, en el que—pese al vendaval reinante—hay afán de mando y deseos de pedir un puesto de honor en el cuadro de novilleros. El público de Madrid confía ver a «Bombita» cuajar su tarde definitiva cuando los imponderables que rodean al torero hagan mutis de las Ventas. Y el público de Madrid, que jamás ha marrado en su fino sentido de percibir lo que llevan dentro los buenos toreros, ve ya en Manolo Torres «Bombita» un novillero excepcional y un excelente estoqueador.

Lo que no nos explicamos es la tibieza que tuvo el público en aplaudir el gesto de valiente. ¡Como no fuese el frío que malhumoraba y calaba los abrigos...! Dos salidas al tercio, de «Bombita», fueron lo único plausible. Y un percance para un banderillero modesto, la nota de dolor: la grave cogida de Roldán.

TIJERILLAS

SUBSANANDO UN ERROR

Por equivocación en nuestro encarte de huecograbado del n.º 148 apareció el nombre de Antonio Montes, cuando en realidad se trataba del diestro Mariano Montes.



Momento en que resulta infructuoso el arrojo de los compañeros del torero herido para llevarse al toro de junto a su presa. (Foto May.)

Manolo Torres

"Bombita"

Un gran matador

de novillos



"Sol y Sombra"

El veterano y prestigioso semanario taurino *Sol y Sombra* acaba de lanzar, como primer número de la temporada, un extraordinario con 48 páginas, magníficamente editado en colores, cuyo contenido corre parejas con la espléndida presentación del mismo.

De entre las muchas firmas prestigiosas de su extensa colaboración, destacan, entre otras, las de «Azorín», Natalio Rivas, Felipe Sassone, R. Capdevila, Francisco de Cossío, «Giraldillo», Agustín de Figueroa, «Curro Meloja», Enrique Vila, José Carlos de Luna, «K-Hito», «Taleguilla» y varias más, avalorando también sus páginas varios dibujos en colores de Roberto Domingo, magníficos, como todos los de este maestro ilustre de la pintura taurina contemporánea.

Felicitemos a la Dirección del popular *Sol y Sombra* por el éxito de tal publicación, honra de la fiesta de los toros.

PARTE FACULTATIVO

«Durante la lidia del tercer novillo ingresó en la enfermería el banderillero José Roldán con una herida situada en la región costal del lado derecho, con orificio de entrada en la línea axilar anterior, con una trayectoria de seis centímetros, que se dirige hacia adelante y arriba hasta el músculo pectoral mayor, y otra hacia atrás y abajo, de 12 centímetros, que interesa los músculos intercostales externos e internos, rompiendo la pleura parietal a nivel de la línea axilar posterior entre la octava y la novena costillas. Pronóstico, gravísimo.—Doctor Jiménez Guinea.»

¿Qué le ocurrió a Vd. hace siete días?

Al empresario del Norte, como llaman los taurinos a don Eduardo Pagés, le preguntamos:

«Pues le diré que lo que me ha ocurrido la semana pasada se patenta y hacen una fortuna con los gor-



dos: he perdido, en quince días, 15 kilos. Y para ello, ni más ni menos que arreglar un cartel para las corridas de feria en Sevilla:

»Pascua de Resurrección: Seis toros de la ganadería portuguesa de Infante de Cámara, para José Ignacio Sánchez Mejías, Paquito Casado y Manolo Martín Vázquez.

»Primera de feria: Seis de Domecq, para Juanito Belmonte, Pepe Luis Vázquez y «Morenito de Talavera».

»Segunda de feria: Seis de la ganadería de la Cova, para Pepe Luis Vázquez, «El Andaluz» y «Morenito de Talavera».

»Tercera de feria: Seis de Miura, para Belmonte, Pepe Luis Vázquez y Manolo Martín Vázquez.

»Cuarta de feria: Ocho de Tassara, para Belmonte, Pepe Luis Vázquez, Manolo Martín Vázquez y «El Andaluz».

»Novillada extraordinaria de feria: Seis de Gallardo, para Julián Martín, «Angelete» y Rafaelito Martín Vázquez.

»La corrida de Pascua será el 25 de abril; las de feria los días 29 y 30 de abril y 1 y 2 de mayo, y la novillada extraordinaria, el día 3 de mayo próximos.

»Dígame si no es para perder 15 kilos y 15 amigos, por lo menos, para la temporada que está en marcha.»

★

Fué el domingo, en la plaza de toros de Zaragoza. Allí se celebraba un festival—nos dice Paquito Guerra, padre del buen novillero Joselito, y mozo de estoques de Victoriano La Serna—a beneficio de Paco Céster. Una gran entrada y, una vez más, puesto de manifiesto lo que son de desprendidos los toreros, cuando llega la hora de la solidaridad con los compañeros en desgracia. Los becerros no salieron muy bravos, pero los toreros querían sacarle el máximo partido. La Serna, como en sus mejores tiempos, hacía verdaderas filigranas con la muleta. Pero el pequeño enemigo, falto de fuerza y de bravura, no tenía facna posible. Yo veía contrariado al matador, y a su

apoderado yendo y viniendo del callejón a la Presidencia, con ese dinamismo que caracteriza a Becerra cuando está en funciones. Una de las veces que el espada se acercó a la barrera, me dijo: «¿Qué ha dicho el presidente?» Y yo, ajeno a lo que ocurría, por decir algo, voy y le digo: «Nada, que le parece bien. Eso le parece al presidente de la corrida y a todo el público que le ha visto a usted con tantos deseos...» «Pues llégate y dile que si hay más de uno que me echen el más gordo...» Menos mal que llegó a tiempo Becerra y me salvó del apuro, porque a aquello sí que no podía seguirle la conversación. Las idas y venidas las motivan el deseo de La Serna de rega-



lar otro becerro, si lo había, y martarlo también él, a ver si embestia mejor que el que le había tocado. Y ya puede figurarse la guasita al regreso de Zaragoza: «Paquito, ¿le parece bien?»

★

JUMILLANO, el popular empresario, contesta a la encuesta semanal de TAJO.

—A mí—dice Isidoro Ortuño—, realmente no es a quien le ha ocurrido; pero sí el que me he beneficiado de la incidencia. ¿Le parece poco interesante acompañar un día entero a Pepe Escriche, en las faenas de contratación de toreros para la feria de Algeciras? Le aseguro que no he pa-



sado momentos más felices en mi vida. Tanto, que se me olvidó hasta mandar la propaganda del debut del «Empastre» a Barcelona, donde con el auténtico Llapisera debutamos el día 25. Si está usted con nosotros en

esa jornada incidental, tiene motivo, no digo para una crónica, sino para una comedia que Valeriano León haría centenaria. Nada, que a mí me hace feliz Escriche, y por él abandono hasta los negocios.

★

EN la mesa del café ha quedado ultimado el cartel de Toledo para el domingo de Ramos. Los contratos van y vienen de mano en mano, para ser rubricados. Para los coleccionistas de autógrafos y efemérides lucen las firmas, estampadas, de «Andaluz», «Morenito de Talavera» y Antonio Bienvenida. Falta sólo la del ganadero salmantino que vendió los toros de Trespalacios. Así, que el cartel no puede ser más de lujo. A la firma taurina, de mayor novedad y no menos solvencia, del empresario don Pedro Moreno García, le decimos, a modo de felicitación: «¡Buen cartel para Toledo! Al fin, vamos a ver los madrileños al «Andaluz». ¡No es poco aliciente!» Y cuando llega la hora de contestar para TAJO al «¿Qué le ocurrió...?», el ingenioso periodista, doctorado en empresario de toros, nos dice:



—No sé por qué se me metió en la cabeza el día de San José, que era domingo, y puse a un amigo el siguiente telegrama: «Felicidades, stop; luego mañana lunes.» Y mire usted la contestación: «A Pepe le operaron ayer de apendicitis, stop, después del viernes viene el sábado; lo demás, conforme.—Silverio.» Y es que si viera usted los mareos de ca-

beza que trae organizar una corrida de toros de cartel, a las puertas de Madrid...

★

A don Aurelio Puchol, «Morenito de Valencia», flamante matador de toros, le ha preguntado uno de nuestros corresponsales: «¿Qué le ocurrió a usted hace siete días?» Y nos afirma el camarada levantino que la cara de estupor que puso «Morenito» fué todo un poema. Cuando supo que era para nuestra encuesta, mitad anecdótica, mitad curiosa, nos refirió la ocurrencia semanal. Dice que se encontraba en un café de-



partiendo con un gran amigo suyo, al que le une un parecido verdaderamente sorprendente. Se despidió el amigo, y a poco se sentaba a su lado un señor que, con todo misterio, le decía: «Ya me han dado la conformidad; puede usted contar con siete toneladas, sobre vagón...» ¿Pero...? No hubo solución; me dió cuenta de su negocio, con pelos y señales, antes de que yo le deshiciera el equívoco que sufría. Me había confundido con el amigo, al que acababa de despedir momentos antes y que tanto se parece a mí. Y lo que más siento es que yo tenía a este amigo por un señor serio, y lo que en su nombre me proponían de forma tan discreta, juro que tenía toda la cara de un «straperlo». Menos mal que no saben quién soy yo, porque a lo mejor vuelve al error y le dice a mi amigo, que ya sabe que torea el 1 de agosto en Inca, con «Cagancho» y Gallardo; las de feria en Valencia y la del 12 de junio en Logroño, cuando quien tiene firmadas esas corridas es su «paralelo». Hay parecidos que en nada le favorecen a uno...



Don Luis Mazzantini, alto, erguido, corpulento, tiene de su mano, paternal y protector, a esta sobrinita, también huérfana. Son los tiempos de 1909. De vivir hoy ésta, es seguro que habría de contar numerosas anécdotas del «rey del volapié», que sobre hacer la delicia de la afición, darían lugar a un gran éxito reporteril, por parte de estos colegas que buscan historia menuda en las vidas interesantes.

Don Luis Mazzantini

El «Rey del volapié» fué paje del Rey Amadeo de Saboya, Teniente de Alcalde de Madrid y Gobernador civil de Guadalajara.

El ex factor de Ferrocarriles que logró cobrar, antes que ningún diestro de su época, 6.000 pesetas por corrida.

Por JOSE ALTABELLA

Quizá la historia del torero no tenga una figura tan interesante como la de Mazzantini. Yo la sé muy bien, porque hace muchos años, viendo al famoso diestro, me la contó un señor con una emoción indescriptible. No se me olvidará nunca. Curiosas lecturas de libros y periódicos me la contornearon después, con detalles estupendos, que ahora, a vuela pluma, voy a recordar.

No quería hacer un reportaje fiero, si se llama fiera a la fuerza desnuda de la verdad que vibra, y dice lo que son las cosas como las cosas son. Tiene mucha fuerza humana el tema para que de suyo lo desorbite con una expresión cruda, violenta, realísima... Sin embargo, conste bien que Mazzantini, que

Y Mazzantini, que nació torero, encontró abierta su ruta, como la primavera encuentra siempre a los almendros en flor. Desde 1880 toreó en las principales plazas de España y tomó la alternativa en 1884. De él se ha escrito: «Aunque no descoló con la capa ni con la muleta, practicaba el volapié con una elegancia y una perfección insuperables y era, además, un director de lidia notable, por lo que durante muchos años fué uno de los toreros predilectos del público».

Luis Mazzantini fué el primero que cobró 6.000 pesetas por corrida. Dato rigurosamente exacto que demuestra cómo estaba de considerada y cotizada su valía personal.

Juan José Soiza Reilly, un reportero lejano en el tiempo y actualísimo en el procedimiento, porque tiene—creo que aún vive—una pluma buida e intencionada, capaz de eternizar la semblanza de cualquier fantasma y de destrozar el cuadro de cualquier personaje, dijo de Mazzantini que su fama nació en América. ¿Es verdad? ¿Es mentira?... Quizá el ser suramericano el notable escritor Soiza Reilly le ciegue la pasión hasta el punto de no dejarnos creer que fué Luis Mazzantini debidamente afamado entre nosotros y en su tierra autóctona.

Soiza Reilly también recuerda cómo vió torear a Mazzantini, en La Unión, siendo un pillete. Fué precisamente en ese mismo Montevideo desde donde dice que vino glorioso a la tierra madre el lidiador de que hablo.

Juan José se quedó mirando, triste, sin dinero en el bolsillo, el cartel donde se anunciaba la gran corrida: «Se lidiarán seis bravos toros... Tomará parte el célebre Mazzantini. Precio de las localidades...», etcétera. Miraba con odio cómo la gente se atropellaba para entrar, y él no podría ver el gran espectáculo! Entre el público, hermosas damas hablaban un lenguaje mudo de belleza, que querían ofrendar pródigamente a la tarde del triunfador. El que luego sería famoso periodista, entonces con siete años de gollito callejero, sintió que alguien le tocó en el hombro, se volvió, miró aterido de pavor, pensando quizá en la cárcel, y tuvo la sorpresa de un buen viejo, con venerable barba, que le daba el dinero para poder comprar la localidad. Lo tomó, se lo agradeció, y confiesa él que nunca supo quién fué. En la corrida, sobre las «gradas pobres», aplaudió como artista y como loco al gran torero:

—¡Viva Mazzantini! ¡Viva Mazzantini!

Veinte años después—Dumas: ¡palabra que no quise hacer tu título novelesco y mosqueteril!—Juan José Soiza Reilly visitaba al gran torero, en su casa de la calle de Fuencarral, número 100, para la gran revista, hace pocos meses desaparecida, Caras y caretas.

¿Sabéis cuál es el drama que ensombreció la enlutada vida de Mazzantini?... Poned atención y preparad los pañuelos; la cosa es triste.

Fuó un torero famoso, como los primeros, y feliz en su primera época juvenil, como los primeros también. En España y en América millones de palmas se batieron en su homenaje. Supo el halago de las diversas correspondencias sentimentales. Y cuando estaba en el mayor apogeo de su gloria se enamoró de una buena mujer, que también era una mujer buena; se casaron. Era muy cariñosa, muy ferviente y muy celosa. ¡Era muy española! No quería que Luis Mazzantini torease. Quería anularlo en el anonimato de su regazo maternal, con amor, pero sin gloria. Ella lo quería así, sin peligros y para ella sola.

Por eso, cuando el torero tuvo que hacer una temporada en Méjico, se fué con ella allá. Eran muy felices entonces. El pueblo mejicano le aplaudió de un modo enfebrecido. Flores, sombreros, salida en hombros... Una ilustre dama le dió un beso en la boca...

Y a los pocos minutos entre la multitud corrió un rumor de fuego, electrificante, siniestro. Luis Mazzantini, al oírlo de labios de un espectador, se desmayó. Su esposa acababa de morir.

Puso el cadáver de su mujer en la caja. Reunió a los compañeros de la cuadrilla. Y en medio de una emocionante escena de lágrimas se cortó la coleta Luis Mazzantini. Al día siguiente, cabizbajo, triste, doliente, regresó a España acompañando los restos de la desventurada esposa. Con ellos enterró su coleta, sus ensueños, su gloria... A partir de entonces no halló otro consuelo que las lágrimas y la compañía de una sobrinita pequeña, que quedó huérfana de muy pocos años...

Así fué don Luis Mazzantini, aquel torero que dominó los toros y triunfó. Conquistó amor, riquezas, aplausos y dolor. Un 24 de abril de 1926 murió, dejando tras de sí la estela de un esplendor ardiente en la arena y valiente en la vida. Toreros como él, tan elegantes, tan cultos y aristócratas, hubo pocos después.



Mazzantini, al lado de su esposa, en fundido grupo de amor, unos años de estar sellado por la desgracia, cuando la muerte le arrebató a la amada, en una tarde brillante de oro y seda, cuando una espectadora apasionada le dió un beso en su boca recientemente viudo. ¡Y el gran don Luis lo ignoraba!...

está pidiendo a gritos una biografía preciosa, con toda la grandeza y el dolor de las grandes vidas, requiere una garra literaria en el trato, que yo, pobre de mí, no se la podré dar, como su merecimiento exige. Más fuerte que uno...

Estamos en el Madrid del 1909; entre una algarabía de ruidos ensordecedores y musicales la Puerta del Sol marca el penacho egocéntrico de la Villa y Corte. Un hombre alto, grueso, fornido, vestido de luto, de faz seria, pasa confundido entre la greguería abigarrada del gentío. Es Luis Mazzantini. Al verlo, otro hombre, también popular; destocándose el airoso chambergo que campea sobre su testa, saluda respetuoso, humilde, con reverencia:

—¡Adiós, maestro!...

Es «Machaquito», quien no pierde ocasión, pública y privada, de demostrar su admiración por el que fué llamado por la ebria multitud de las plazas «el rey del volapié».

Voy a contaros su historia. Escuchad. No perdáis detalle, que en cualquier minucia puede estar la justificación de toda una conducta, o cuando menos, todo un acto.

Luis Mazzantini y Eguía nació en Elgoibar (Guipúzcoa) en 1856, en el seno de una familia acomodada, distinguida, de linaje italiano. Casi niño aún, y después de haber viajado por Francia e Italia, habiendo abierto sus ojos pueriles al milagro revelador de las más altas emociones geográficas y turísticas, fué secretario particular del jefe de Caballerizas reales, en la época de don Amadeo. La estampa niña de Luis Mazzantini por los pasillos del palacio real traería al ánimo de sus conocidos el espectáculo de los pajes medievales. ¿Es verdad que también tuvo Mazzantini, a la sazón, unas rizadas melenas merovingias...? En aquel tiempo el futuro torero adquirió modales, cortesía y un buen desenvolverse entre el mundo brillante de la aristocracia, que después, sobre distinguírle mucho, tanta falta le había de hacer...

Estudió luego el Bachillerato. Cuando terminó ingresó de factor telegrafista en la Compañía de Ferrocarriles del Mediodía. Allí transcurrió toda una vida burocrática, anodina, vulgar y sólo levemente alterada por alguna que otra reprimenda de los superiores, que, no obstante apreciar sus buenas condiciones, se dolían de ciertas faltas cometidas en el trabajo por tenerle obsesionada la atención sus anhelos taurinos. Un día de 1880, siendo jefe de la estación de Santa Olalla, el director de la Compañía, que lo era nada menos el gran matemático, poeta y político, José Echegaray, le planteó la cuestión en un dilema rotundo:

—¿Ferroviario o torero?

¡Y Mazzantini, artista antes que nada, no lo pensó: Torero, y cien veces torero. Una nueva vida le prendía en sus redes, para llevarlo en volandas a los estadios inmarcesibles de la gloria. Detrás quedaba toda la vulgaridad de un puesto, cumplido con honradez y dejado con oportunidad. A Gustavo Adolfo Bécquer le pasó lo mismo cuando estuvo de temporero en la Dirección General de Bienes Nacionales.

Manuel García "El Espartero"

«El Espartero» se había hecho torero con los toros de Miura. Don Antonio, que poseía la vacada en los días en que el célebre espada sevillano inició su carrera, le ayudó mucho y le cobró singular afecto. La última corrida que Manuel García «Maoliyo», como era conocido en los medios taurinos de Sevilla—toreó en la Maestranza, el día 20 de abril de 1894, fué de Miura, precisamente, y en ella demostró «El Espartero», una vez más, su extraordinaria valentía. Dicen las crónicas que a su segundo toro le hizo una faena asombrosa, toda sobre la mano izquierda, y lo mató de una estocada perfecta.

El 26 de mayo siguiente, la víspera de su muerte, el torero sevillano actuó en Córdoba en unión de «Guerrita», y por la noche se reunió con su compañero a comer en el restaurante de la estación, mientras llegaba el tren de Sevilla, que debía tomar para trasladarse a Madrid. A esta comida asistió también el gran aficionado sevillano don Félix Urcola, amigo íntimo de Manuel García, que iba con él a todas partes. A los postres, «Guerrita» y Urcola trataron de convencer a «El Espartero» de que no fuera a Madrid. El torero cordobés insistió extraordinariamente, hasta el extremo de que llegó a decir:

—No vayas, Manuel, que te van a matar.

—No tengo más remedio—contestó «El Espartero».—Tengo un compromiso que cumplir, y voy.

Trataron entonces de disuadirle por otros medios, y el Guerra propuso que se quedara en Córdoba para organizar al día siguiente unas peleas de gallos, a las que el torero sevillano era gran aficionado.

Esto hizo flaquear la voluntad de «El Espartero», que decidió, por fin:

—Pues no voy.

Ya se disponían a marchar de la estación hacia la ciudad, cuando llegó el tren de Sevilla. De él se apeó el empresario de la plaza madrileña, don Bartolomé Muñoz Pichardo, gran amigo de «El Espartero». El señor Pichardo se fué inmediatamente hacia el grupo que en el restaurante formaban «Guerrita», el torero sevillano, los individuos de su cuadrilla y el señor Urcola. Este informó al empresario de que Manuel García no iba a Madrid.

—Se queda en Córdoba. Hemos organizado una fiesta para mañana, y Manuel está encantado de asistir a ella.

—Pero esto no puede ser—contestó el empresario.

El tren se puso a hacer maniobras. Desengan-

charon la máquina, y este accidente, fatal en la carrera del gran torero, dió tiempo a que el señor Muñoz Pichardo le hablara en un aparte y le convenciera de que debía ir a Madrid.

—Ten presente, Manuel, que tú eres el principal aliciente del cartel. El público se verá defraudado si yo llevo la noticia de tu ausencia.

La voluntad de «El Espartero» empezó nuevamente a vacilar.

—Pero es que...

—No va—terció con cierta energía «Guerrita».

Bartolo—así era conocido en todo el mundo taurino el popular empresario—no se dió por vencido e insistió de nuevo; y, al fin, Manuel García subió al tren, y con él, los individuos de su cuadrilla. Todavía, antes de que el convoy partiera, «Guerrita» subió al vagón donde se había instalado su compañero para intentar de nuevo hacerle desistir. El señor Urcola acompañaba a «Guerrita» en la tarea.

—No puede ser—terminó «El Espartero».—Ya he dado a Bartolo mi última palabra, y voy.

El tren inició la marcha, y el Guerra hubo de apearse a toda prisa. Quedaron en el vagón Manuel García y don Félix Urcola. Este dijo:

—Sea como quieras, Manuel. Vamos a Madrid.

Ninguna nota de tristeza ensombreció el ánimo del torero en aquel su último viaje a la capital de España. Antes al contrario, durante toda la noche dió muestras de su ingenio y de su donaire en conversaciones y bromas ininterrumpidas con el señor Urcola y los banderilleros. En la estación de Castillejos, donde el tren hizo una gran parada, «El Espartero» se trasladó a otro vagón en el que viajaban unos conocidos artistas flamencos de Sevilla, a los que hizo bailar, acompañándolos con sus palmas y alegrías.

Inmediatamente después de llegar a Madrid, «El Espartero» se trasladó a una fonda de la calle de la Gorguera, donde solía hospedarse durante sus estancias en la Corte. Toda la mañana continuó Manuel García bromeando con los toreros de su cuadrilla, sin hacer para nada mención a las escenas de la noche anterior en la estación de Córdoba. Sólo cuando se disponía a vestirse el traje de luces, hecha con gran respeto la señal de la cruz, «El Espartero» dijo a su mozo de estoques, en tono severo:

—Dios quiera que esta tarde se me dé bien.

Una hora antes de la corrida, Manuel García subió a un carruaje, en compañía de los banderilleros, y se encaminó a la plaza. Al pasar por la

calle de Sevilla, un cortejo fúnebre se cruzó con el coche en que iban los toreros. El banderillero Antolín, dijo seriamente:

—¡Mala pata!

«Valencia», el peón de confianza de Manuel García, cortó en seguida la escena con palabras de ánimo.

—¡Al contrario, hombre!—dijo con carcajadas fingidas—. ¡Esto es buena suerte! ¡Ya se ha acabao eso del «mal farío»...

«El Espartero», que no era supersticioso, no dió importancia, al parecer, al incidente. Pero es lo cierto que su característico buen humor se nubló por entero y ya no pronunció ni una sola palabra. En el mismo patio de caballos, antes de iniciarse el paseo, el espada sevillano aparecía hondamente preocupado.

Se hizo el despeje y salió el primer toro. Grande, de pelo colorado, ojo de perdiz y poderosas defensas. Se llamaba «Perdigón», nombre que después había de ser inmortalizado por la musa popular en las célebres coplas de la muerte de «El Espartero».

Manuel estuvo con el toro sereno y tranquilo en todos los tercios de la lidia. En el de varas conquistó muy entusiastas ovaciones en varias intervenciones afortunadísimas.

«Perdigón» llegó a la muleta con muchas reservas y nada claro. Pero sin dificultades insuperables. A muchísimos toros de Miura, cien veces peores que aquél, había hecho faena el valeroso diestro y, sobre todo, los había matado con singular guapeza.

A favor de querencia, «El Espartero» hizo una faena compuesta de doce pases altos y uno cambiado. Al remate de éste, el toro quedó igualado y Manuel García entró a matar. Resultó volteado muy aparatadamente, cayendo de cabeza sobre la arena. Segundos después, el espada, con visibles muestras de estar conmocionado, se levantó tambaleándose. Tomó la muleta y el estoque en movimiento de autómatas, y, sin el menor control de sus facultades, se echó materialmente encima del toro, sin dar siquiera el menor juego al engaño. El toro lo tropezó violentamente y lo recogió del suelo, enganchándolo por el vientre y volteándole sobre el pitón. Todavía en alto, vióse al torero estirar las piernas y contraer el rostro en un horrible movimiento de dolor. Cuando el toro lo tiró sobre el suelo, el espada hizo una contorsión espeluznante, en la que juntó las rodillas con la barba, y así quedó allí hecho un ovillo. «Perdigón» intentó de nuevo acometerle, pero, herido de muerte también, cayó rodando como una pelota a dos metros del cuerpo de Manuel García. Este fué recogido inmediatamente por los banderilleros y trasladado a la enfermería. En toda la plaza se había hecho un silencio absoluto. «Maoliyo», que había sufrido un colapso, no pronunció ni una sílaba. Entró en la enfermería en estado agónico y dejó de existir quince minutos después, habiendo recibido los últimos auxilios de la Religión.

Durante la lidia del toro siguiente comenzó a circular por los tendidos la terrible noticia; pero la corrida siguió hasta su terminación. Contra esto protestó después la Prensa en términos de gran violencia.

Está plenamente demostrado que en la muerte del gran torero sevillano jugó un papel importantísimo la falta absoluta de dominio con que entró a matar por segunda vez. Después de la cogida en la primera intentona, «El Espartero» debió ser retirado del ruedo, de grado o por fuerza; o, al menos, impedirle que fuera nuevamente hacia el toro, sin estar enteramente repuesto del gran porrazo que recibió en la primera cogida.

«Zocato» y Fuentes, que toreaban con Manuel García aquella tarde, acudieron al quite del compañero las dos veces que éste resultó cogido, con esa generosidad sin límites de que tantas muestras—algunas bien trágicas—tienen dadas en los ruedos los toreros de todas las épocas.

Y es curioso que fuera el primero de estos toreros, por quien «El Espartero» había matado dos toros de Miura en una corrida celebrada dos meses antes en Almería, en la cual «Zocato» resultó gravemente herido, el que se encargara de despachar—y lo hizo muy discretamente, por cierto—el toro que Manuel García debía matar en segundo lugar.

Fuentes tuvo una gran tarde y cosechó en toda la jornada calurosas ovaciones.

El cadáver de «El Espartero» quedó en la plaza hasta el siguiente día, en que fué trasladado a Sevilla.



La cogida que causó la muerte a «El Espartero»

RESEÑA HISTÓRICA *de la* **FIESTA DE TORO**

INICIACIÓN DEL TOREO A PIE

(Continuación.)

Por ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

Considero preferible, y sigo en esto a varios autores, tratar el desenvolvimiento de la fiesta de toros relatando primero los hechos y sus causas, y más tarde, cuando ya el toreo es una profesión sujeta a reglas precisas y las corridas de toros un espectáculo reglamentado por la autoridad y por ella intervenido, unir los hechos a las personas; es decir, que remito para más tarde dar noticia de los principales lidiadores que iniciaron el toreo a pie, y luego, cuando el toreo sea un todo conjunto y armonioso, al ir contando los hechos, contaré también la vida de los autófes de estos hechos. Sigamos, pues, narrando cómo, poco a poco, a partir de este reinado de Fernando VI, la fiesta de toros va adentrándose en el pueblo y alejándose de la nobleza.

Decía antes que a Fernando VI no se le puede considerar tan taurófilo como a Felipe V, y, en efecto, es precisamente Fernando VI quien manda construir la primera plaza de toros que con carácter evidentemente industrial, es decir, para el pueblo, para explotarla como espectáculo, se edifica en Madrid. Esta plaza se inaugura el 3 de julio de 1749, con una doble corrida, como era uso entonces: corrida por la mañana y corrida por la tarde. Los matadores fueron: Juan Leguregui «El Pamplonés», Juan Esteller «El Valenciano» y Antón Martínez. Y como no contaba con dependencias anejas, los toros y los caballos muertos se arrastraban fuera de la plaza y allí se les desollaba. También los caballos heridos eran curados en las inmediaciones, y a todas estas operaciones asistían infinidad de curiosos, los cuales fueron pronto conocidos por los espectadores del tendido de los sastres, sin duda debido a que presenciaban las operaciones de coser delicadamente la tripa a los caballos heridos. Luego, ya en la otra plaza, la hace poco derribada, y en la actual, este tendido de los sastres perdió mucho. Sus ocupantes sólo veían la entrada y la salida de los toreros, porque las operaciones quirúrgicas y desollamiento se efectuaban, y se efectúan, dentro de la plaza. Sin embargo, siempre está lleno lo que sigue llamándose el tendido de los sastres, y suelen concurrir a él muy buenos aficionados, que sólo por el ruido que hasta ellos llega saben perfectamente cómo va la corrida, y luego son los que más detalles cuentan de sus incidencias, y también son los más duros juzgadores de la labor de los diestros, porque para ellos lo discreto, lo que se premia con palmas o todo lo más con muchas palmas, no es considerado como bueno, pues el eco de las palmadas apenas se percibe en el tendido de los sastres. Para que allí se diga y se comente que un torero ha estado muy bien, tiene que arrancar la ovación estrepitosa; las palmas no son nada, justificarán quizá a los que han entrado de «guitarra», o sea de balde, con una localidad regalada por el diestro a quien aplauden. Pero esto de aplaudir los que ven las corridas con

entradas regaladas por los toreros, que no se tome como regla general, pues, por el contrario, son muy raros los «guitarristas» que se consideran obligados a mostrar gratitud al donante del billete.

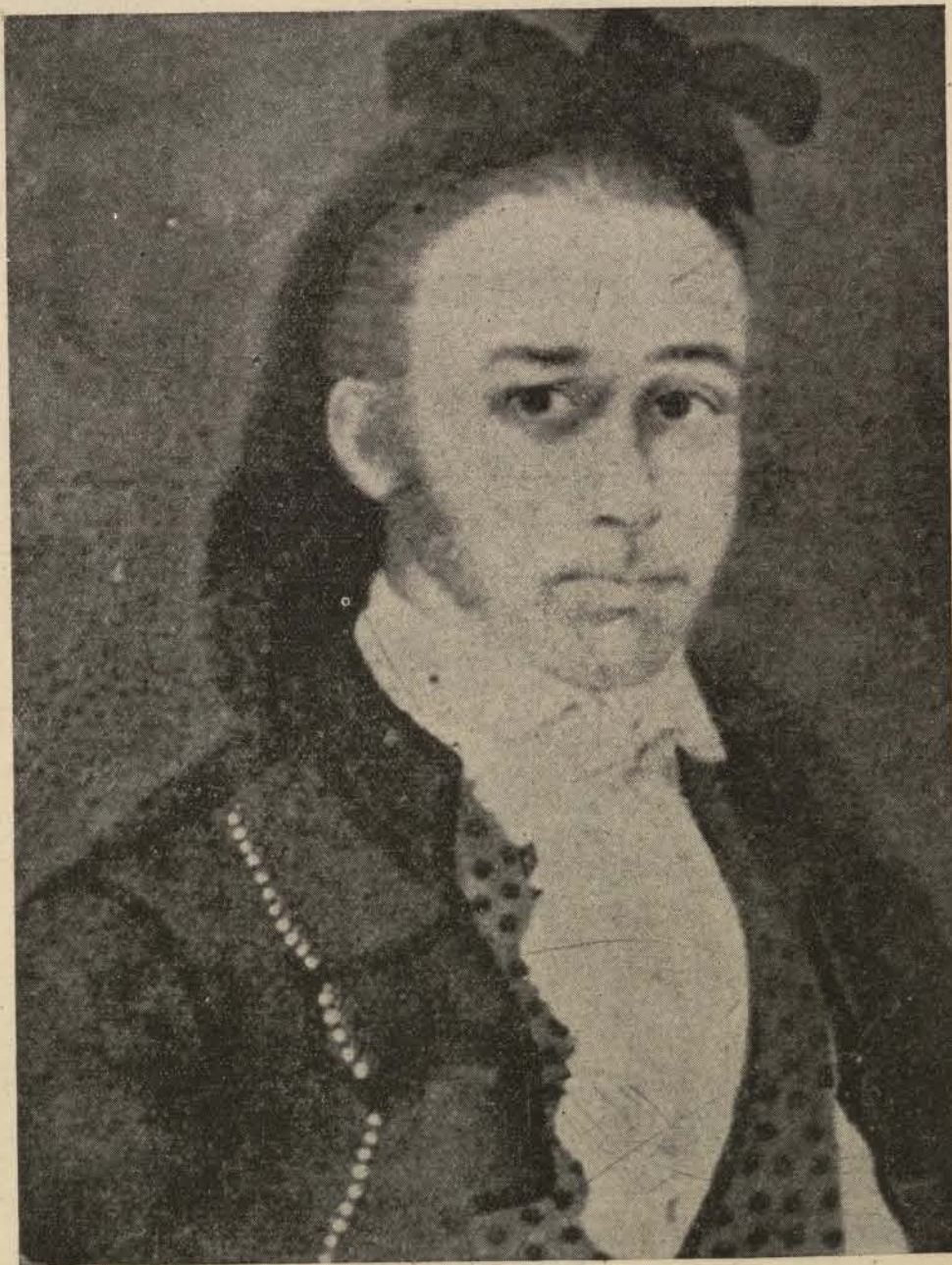
Hasta días muy próximos a nosotros vivió esta plaza, enclavada al lado de la Puerta de Alcalá, en lo que hoy es calle de Claudio Coello, esquina a la calle de Alcalá. Fué derribada el año 1874. En su arena se desarrollan épocas gloriosísimas del toreo. Nada más que esto realizó Fernando VI en favor de las corridas de toros; pero ello es suficiente para que los aficionados le recordemos con agrado y le perdonemos su pasión por la garganta de Farinelli. Fernando VI regala el edificio de la plaza al Hospital General de Madrid, en cuyas manos sigue el monopolio de poseer la única plaza

de vara larga, rehileteros de un solo rehilete y matadores que mataban con la espada y que se defendían de las embestidas del toro con su chambergó, pues aún no se había inventado la muleta. Estos matadores no eran fijos, no eran siempre los mismos, sino que cualquier peón de la cuadrilla mataba el toro. Fué Juan Romero el primero, como ya veremos más adelante, que impone ser siempre él el matador y contratarse como tal. Cuando esbozamos las biografías de los diestros, cuyos nombres y hazañas se han salvado del olvido, insistiremos y trataremos de fijar las posibilidades de esta lidia recién nacida, que, como es natural, en nada se parecía, no ya a la actual, sino a la practicada durante los principios del siglo XIX.

Las bandas aventureras las formaban, como dice con su estilo pintoresco y enfatuado don José Velázquez y Sánchez, «indios de nuestras colonias americanas, aventureros votados al peligro, con la indiferencia de la desesperación profunda, y hombres de tanta resolución como escasez de alcances, se unían en bandas nómadas que hacían derivar al toreo de sus naturales condiciones de ejercicio, organizado en reglas de arte, hasta trocarlo en lucha bárbara, propia de las aberraciones de la Roma gentilica y acreedora a la reprobación general en un pueblo cristiano que reconoce en cada hombre la imagen de Dios».

Las tropas de mojigangueros eran algo así como las cuadrillas cómicas de nuestros días: unos cuantos poco afortunados sujetos se prestaban, por escasos maravedises, a divertir a los públicos a costa de recibir no palizas, sino cornadas, porque los mojigangueros se enfrentaban con toros y no con becerros. Es, pues, achaque antiguo esta desvirtuación de la fiesta, que a los verdaderos aficionados nos encocora y nos sulfura. Aunque estos primitivos actores de mojiganga no eran toreros, ni su espectáculo tenía nada que ver con las corridas de toros. Representaban en el ruedo pantomimas de diversa índole, y en un momento salía el toro, y a éste quiero y a éste también, la emprendía a cornadas con los actores mímicos y se terminaba la función. A veces, esta terminación era definitiva para alguno de los mojigangueros, que quedaba tendido en el suelo, muerto por el torito. Una de estas pantomimas, titulada «La tertulia», tuvo mucha boga y aceptación a mediados y finales del siglo XVIII. Consistía en una cosa muy sencilla: grupos de señores que hablaban

muy animadamente en el centro del ruedo. Salía el toro y los contortullos seguían hablando, como si el toro fuese otro amigo más que venía a charlar con ellos del tiempo o de lo caro que ya estaba todo en el siglo XVIII. Como es natural, el toro disolvía los corrillos, y no con maneras suaves ni corteses. Sin embargo, algunos de los actores eran aficionados que se quitaban la chupa y se ejercitaban en correr delante del toro, que era la forma de torear de entonces y, algunas veces, de ahora.



Pedro Romero, en la época de sus más clamorosos triunfos.

de toros que es tolerada en la capital de España. La actual plaza, así como la anterior, son propiedad, como es bien sabido, de la Diputación Provincial, que lo es también del Hospital General.

De esas tres categorías de profesionales del toreo, mencionadas más arriba, la única que en verdad tenía carácter puramente taurino era la de las cuadrillas formales, constituidas por auténticos toreros, y su composición era en un todo semejante a las de hoy, puesto que las integraban picadores

Permítidme que, aprovechando la ocasión, desahogue un tanto mi indignación contra la mojiganga actual, contra el toreo cómico, que tanto daño ha hecho y hace a la fiesta. Un becerro para hombres avezados a las lides taurinas, no pasa de ser un juguete. Los detractores y enemigos de las corridas de toros han basado siempre sus argumentos en contra de la fiesta en su crueldad, no sólo por sentimientos de compasión hacia el hombre que expone su vida para diversión de los demás, sino también por conmiseración hacia el toro, víctima cierta. Esta crueldad no puede negarse: al toro se le hace sufrir, esto es indudable; pero el toro es un animal fuerte, poderoso, se defiende y ataca, se lucha con él y de esta lucha se deriva la crueldad, pero asimismo la belleza, y de aquí la posibilidad de encontrar atenuantes para la crueldad. En la lidia de un becerro por los toreros cómicos no existe belleza alguna; por lo tanto, resalta, hasta lindar con lo repulsivo, la crueldad. El becerrillo es casi inofensivo, y al becerrillo se le tortura no sólo con las banderillas y el estoque, sino con múltiples trucos, la mayoría de ellos faltos de gracia, que únicamente provocan risa en las almas primitivas de los espectadores ingenuos o encanallados. Lo que nunca me he explicado es la preferencia por esta clase de espectáculo que evidentemente manifiestan las mujeres. Las corridas nocturnas, las charlotadas, se nutren casi con un cincuenta por ciento de mujeres, que se destornillan de risa. Dulces mujeres, ángeles del hogar, se convierten en tarascas endemoniadas, azuzadoras de las más innobles payasadas, ejecutadas aprovechándose de la inocencia y débiles fuerzas del becerrillo. Esta risa es una pobre risa, una risa que hace llorar. El toreo cómico, además, se ha infiltrado en algunas suertes del verdadero toreo. Todas esas cosas que se hacen por la espalda, todos esos adornos que consisten en dar vueltas alrededor de la cabeza del toro, provienen del toreo cómico, y es la única cosa de él que a los buenos aficionados nos hace reír. Incluyo también en lo influido por el toreo cómico, las mal llamadas manoleínas, de tan buen éxito en la actualidad. Humildemente confieso que me parece un pase grotesco, ejecutado con seriedad, lo que aumenta su ridiculez. Es difícil inventar en el toreo. Quizá el último imaginativo verdad de los toreros sea Rafael «El Gallo»; ése sí tenía facundia y gracia y repentización para el adorno.

El toreo cómico no tiene justificación. En estas iniciaciones del toreo a pie, en tiempos del buen Rey don Fernando VI quizá la tuviera. El arte de

zan los consejos de cómo los hombres deben defenderse de los toros.

La casi desaparición del toreo a caballo, el auge incesante del de a pie, cuyos orígenes quedan anotados y comentados con la brevedad que impo-

hibiciones de pasajeros efectos. La afición a los toros está tan entrañada en la española gente, que el mal humor y el odio de un gobernante nada pueden contra ella. La fiesta de toros ha sido y será siempre en España, caña de bambú que el



La plaza de toros al lado de la vieja puerta de Alcalá.

ne la condición de esta reseña histórica, no tenía más remedio que conducir con paso lento, pero seguro, a la depuración artística de lo que era rudimentario, al perfeccionamiento de lo imperfecto, a convertir en rasgo lo que era esbozo. Los caballeros alanceadores habían llegado a la perfección, a esa perfección cuya cúspide señalamos en el reinado de Felipe IV; el toreo a pie mediatizado, casi anulado por el de a caballo, cuando por la decadencia de éste cobra bríos, arrastra aficionados, mueve multitudes y se siente amparado por los mismos que antes eran sus detractores, por las Maestranzas, va afianzándose, ennoblecándose y ya no espera para adquirir su definitiva fisonomía que la aparición de un maestro, de un hombre dotado de las condiciones necesarias, del genio preciso,

para fijar en la práctica una concepción del arte de lidiar reses bravas y del invento de instrumentos adecuados para ejecutar las suertes que permitan al torero burlar las acometidas de los toros con un mínimo de seguridad. El toro siempre constituirá un peligro, pero este peligro se puede aminorar prevaleciendo de la enorme superioridad de inteligencia del hombre sobre el bruto. Y esto es lo que sucede. Poco a poco, la lucha entre el hombre y el toro, no es una lucha a muerte, cuyo resultado era dudoso: lo mismo podía morir el torero que el toro. Poco

viento abate pero no derriba; el viento pasa y la caña se alza otra vez firme y erguida, a prueba de ciclones y de huracanes y de prohibiciones. El invierno, con su inclemencia, es el único que tiene fuerza para interdecir las corridas de toros. Y en los cortos días y las largas noches invernales los aficionados añoramos las tardes de sol, sentados en los tendidos y nos refugiamos en el recuerdo y resumimos y comentamos una y otra vez la temporada que pasó y hacemos cábalas y suposiciones y aventuramos juicios sobre la venidera, mientras los grandes toreros, los que ganaron miles de duros, los disfrutaban en la paz de sus cortijos o en el tumulto de las ciudades; y los pobres torerillos, jornaleros del toreo, se agarran a ese oficio que abandonaron un día, creyéndose redimidos de él para siempre, y los toreros de la clase media de la profesión se convierten en burgueses, que consumen su vida en la atmósfera humosa de los cafés, y que por cierto son unas tertulias tristes, melancólicas. Los toreros hablan poco los días invernales, y no abandonan ese su aire de preocupación tan característico, ese aire que da el miedo constante, como si allí, en pleno café de la calle de Alcalá, fuera a entrar, en lugar de un parroquiano inofensivo, un buen mozo de treinta arrobas.

(Continuará.)



El estilo de Pedro Romero puede observarse en este dibujo, que ofrecemos a la consideración del lector.

torear aún no existía, todo eran probaturas, ensayos, balbuceos; pero una vez definido, concentrado en reglas y cánones, una vez que empiezan a surgir los maestros de la tauromaquia, entonces el toreo cómico no tiene razón de ser y debe merecer toda nuestra repulsa y todo nuestro menosprecio.

En esos mismos tiempos de Fernando VI, el año 1750, es cuando se escribe el primer tratado verdaderamente didáctico sobre el arte de lidiar toros. Se titula «El arte moderno del toreo», y fué su autor don Eugenio García Baragaña. Ya allí se precisan reglas, se formulan teorías, se sistematiza

a poco, va muriendo más veces el toro que el hombre. En nuestros días, afortunadamente, la proporción es de uno a mil, aproximadamente.

A Fernando VI le sucede su hermano Carlos III, que reinaba en Nápoles, al morir sin sucesión su hermano mayor. A Carlos III le sucede su hijo, Carlos IV. El reinado de Fernando VI deja bien preparado el terreno taurino. Durante su reinado, las fiestas de toros no sufren persecución. Sus sucesores, Carlos III y Carlos IV, no son tan benévolos, y en su época se registran varias pro-

¿Desea usted recibir directamente «TAJO»?

Envíenos el adjunto BOLETIN DE SUSCRIPCION

Sr. Administrador del semanario «TAJO»
Alcalá, 128, Madrid

Sírvase usted dar las órdenes oportunas para que a partir de esta fecha me sea remitido «TAJO» a las señas que a continuación señalo, y cuyo importe de pesetas 26 para un trimestre envío con esta fecha por Giro postal.

Nombre y apellidos

Domicilio

Población

Provincia

Biografías de toreros célebres

RAFAEL GUERRA Y BEJARANO «GUERRITA»

NACIMIENTO.—6 de marzo de 1862 (Córdoba). Hijo legítimo de José y de Juana.

ALTERNATIVA.—29 de septiembre de 1887 (Madrid). De manos de «Lagartijo» con el toro «Arrecio» (ganadería Núñez de Prado). Traje perla y oro. Fué cogido y volteado, sin consecuencias, en el toro de la alternativa.

RETIRADA.—15 de octubre de 1899 (Zaragoza). Sin advertirlo previamente. Cortándose la coleta en Córdoba, en la mañana del 17 de octubre del mismo año, en una fiesta familiar, al mismo tiempo que su hermano y un picador de su cuadrilla.

PERCANCES Y COGIDAS.—1.ª En Orihuela, en 1883: Dislocación del brazo derecho.

2.ª En Pamplona, el 9 de julio de 1886: Dos puntazos leves en el muslo izquierdo y varetazo en el brazo derecho, por un toro de la ganadería de Ripamillán.

3.ª En la corrida de Nandín (Habana), el 20 de noviembre de 1887: Una cornada en el muslo izquierdo.

4.ª En La Habana, el 4 de marzo de 1888: Grave cornada en el cuello por un toro de Saltillo, al hacerle un quite al picador Molina.

5.ª En Salamanca, el 11 de septiembre de 1889: Fuertes contusiones.

6.ª En Jerez de la Frontera, el 24 de junio de 1890: Una cornada grave por el toro «Corredor» (jabonero), de Pérez de la Concha, a la salida de un par al cuarteo (que había brindado a Isaac Peral, que asistía a la corrida). Parte facultativo: Herida de asta de toro en la parte superior e interna del muslo derecho, muy próxima al pliegue de la ingle, con dirección de dentro a fuera y de abajo arriba, de cuatro centímetros de extensión por dos de profundidad, con gran hemorragia. Pronóstico grave.

7.ª En Murcia, el 7 de septiembre de 1893: Un puntazo en el cuello, inferido por el toro «Bragadito», de la vacada de Solís (lidiado en segundo lugar), cogiéndole al entrar a matar

por segunda vez. Parte facultativo: Herida de asta de toro en el ángulo del maxilar inferior (lado derecho) de cinco centímetros de extensión por dos de profundidad, herida que milagrosamente no le ocasiona la muerte, dada la proximidad a la arteria carótida y vena yugular.

8.ª En Jerez de la Frontera, el 29 de abril de 1896: Un puntazo leve en la mano izquierda.

9.ª En Madrid, el 27 de junio de 1897: Un puntazo en la mano derecha producido por el toro «Estornino», del Duque de Veragua, en el momento de entrar a matar. Parte facultativo: Herida por asta de toro, con desgarramiento triangular del vértice superior de tres centímetros sobre la articulación metacarpo-falangiana del dedo anular derecho y en su cara dorsal, que interesa la piel y deja al descubierto el tendón del extensor correspondiente. Herida que le impide continuar la lidia.

CORRIDAS TOREADAS Y TOROS ESTOQUEADOS.—Desde su alternativa hasta su retirada fueron los siguientes: Temporada de 1887: 9 corridas y 19 toros. En 1888: 84 y 226. En 1889: 69 y 190. En 1890: 73 y 216. En 1891: 78 y 205. En 1892: 69 y 191. En 1893: 75 y 188. En 1894: 80 y 224. En 1895: 68 y 177. En 1896: 70 y 176. En 1897: 60 y 147. En 1898: 74 y 178. En 1899: 80 y 201.

En total toreó 889 corridas y estoqueó 2.388 toros.

Batió el «record» de resistencia al torear tres corridas en el mismo día, 19 de mayo de 1895. La primera a las siete de la mañana en San Fernando, con seis toros del Marqués de Saltillo y alternando con «Pepete». La segunda a las once y treinta, en Jerez de la Frontera, con seis toros de Cámara, mano a mano también, con «Fabrilo», y la tercera en Sevilla, a las cinco de la tarde, despachando a medias con Fuentes otros seis toros de Murube.

A continuación consignaremos los toros estoqueados en la suerte de recibir—sin tener en cuenta las que no fueron conseguidas plenamente—, con las plazas y fechas correspondientes.

Año de 1887: Barcelona, 24 de junio (al cuarto toro de la ganadería de Lizaso).—Madrid, 29 de septiembre (cuarto de Vázquez).

Año de 1888: Madrid, 16 de septiembre (tercero de Núñez de Prado).

Año de 1889: Castellón, 7 de julio (primero de Saltillo).

Año de 1890: Madrid, 4 de junio (sexto de Saltillo).—Valladolid, 20 de septiembre (tercero de Saltillo).—Madrid, 2 de octubre (tercero de Saltillo).

Año de 1891: Madrid, 22 de marzo (cuarto de Saltillo).—Madrid, 16 de septiembre (segundo de Saltillo).

Año de 1893: Sevilla, 11 de mayo (sexto de Anastasio Martín).

Año de 1894: Sevilla, 18 de abril (sexto de Fontfrede).—Sevilla, 19 de abril (sexto de la misma ganadería).—Madrid, 22 de abril (tercero de Vázquez).—Madrid, 6 de mayo (cuarto de Vázquez).—Madrid, 17 de junio (segundo de Saltillo).—Málaga, 8 de agosto (quinto de Saltillo).—Bilbao, 21 de agosto (segundo de Saltillo).

Año de 1895: Sevilla, 14 de abril (tercero de Concha y Sierra).—Burgos, 7 de julio (cuarto de Lizaso).

Año de 1896: Bilbao, 24 de agosto (quinto de Veragua).—San Sebastián, 29 de agosto (segundo de Saltillo).

Año de 1897: Zaragoza, 18 de abril (quinto de Ibarra).—Madrid, 2 de mayo (segundo de Murube).

Año de 1898: Madrid, 19 de marzo (quinto de Aladid).

BIOGRAFIA.—SU NACIMIENTO Y PRIMERAS ANDANZAS.—INICIACION DEL MAESTRO.

El día 6 de marzo de 1862 surgió de las profundidades del claustro materno a la clara luz del día, en Córdoba la Sultana, Rafael Guerra y Bejarano—en su día el gran «Guerrita», hijo legítimo de José y de Juana, ambos curtidores de piel.

Apadrinó a Rafael el desventurado «Pepete», casado a la sazón con Rafaela Bejarano, hija del abuelo materno del niño, y llevando este último la representación del llorado torero. Como dato curioso consignaremos que al día siguiente del bautizo firmó «Pepete» el contrato para actuar en Madrid, donde en la infausta tarde del 20 de abril del año en curso



Rafael Guerra
«Guerrita»



Córdoba.—Rafael Guerra con su familia en el patio principal de su casa.

había de atravesarle el corazón el toro «Jocinero», de la vacada de Miura, y segar en flor la existencia del pobre diestro.

Los padres de Rafaelillo le dedicaron a ayudarles en su oficio, lo cual realizaba de pésima gana, no amoldándose a la sujeción de un trabajo metódico.

Posteriormente nombran al padre portero de la casa matadero de Córdoba, y aquí empieza a mostrarse al muchacho el luminoso faro de su porvenir. Cuenta entonces doce años, y una noche del mes de julio, después de darse, como acostumbraba, unos frescos chapuzones en los pilones del matadero, observa dos becerros, de la ganadería de don Rafael Barbero, que había en los corrales de la casa, destinados al abastecimiento de carne.

Verlos el chico y quitarse la camisa para convertirla en improvisado capote de brega, todo fué uno, siendo ésta su primera faena taurómaca. Sigue realizando corridas nocturnas en compañía de dos arrapiezos, compañeros inseparables, conforme más adelante se verá, «Torerito» y el «Mojino».

Un día, en compañía de un aspirante cordobés a picador de toros, con el rimbombante apodo de «California», organiza una nocturna a base de un novillo utrero superior, que había en los corrales del matadero, y a falta de caballo—¡aquí el ingenio juvenil!—Rafael dió con una piel seca de vaca que tenía la forma de lomo de un bridón, y como el cutis de «California» era de paquidermo y la ocasión poco propicia para pararse en nimiedades, allá se puso a horcadas el picador armado de un palo largo y recio, y la corrida empezó.

«Guerrita» empapaba al utrero, lo llevaba a la piel de vaca, embestia el animal, rodaban dulcemente picador y caballo, y Rafael entraba al quite y se llevaba al bicho con una media verónica o una larga. Prolongábase la corrida, cuando de pronto sintió el chiquillo un palo en las espaldas.

—¡Ay!—gimió Rafael con dolor y extrañeza, y llevándose la mano al miembro aporreado volvió la cabeza, encontrándose con el rostro ceñudo de su progenitor; y como Don Juan Tenorio, no pudo por menos de exclamar:

—¡Válgame Cristo, mi padre!

Aquí empieza ya, con tan corta edad, Rafael a tener esas salidas que tanto habían de caracterizarle con posterioridad. Y ya que hemos hecho alusión a esta íntima forma de expresión chispeante de «Guerrita», referiremos a continuación un par de anécdotas de las tantas que tuvo a lo largo de su vida.

Una tarde, actuando el maestro en la plaza de Madrid, uno de esos espectadores que van siempre a las corridas dispuestos a molestar a los toreros, la había tomado con él. Y aprovechando una mala faena del famoso matador, comenzó a insultarle, diciéndole:

—¿No cobra usted seis mil del ala? ¡Maldita sea su...! ¡No mata usted más que monas!

Y rápido, Rafael, en su indignación, le espetó:

—Pues *entoavía* no le he matao a usted.

O en aquella otra ocasión en que un hermano del «Espartero» alardeaba una tarde ante «Guerrita» de las muchas corridas que tenía «Maoliyo» y del dineral que ganaba.

Y Rafael, señalando los pantalones del jactancioso, deshinchados y cortos, exclamó:

—¡Pues, hombre, bien podía tu hermanito darte para unos zócalos!

* * *

Aunque sus padres, influenciados por la trágica muerte de «Pepete», a quien querían entrañablemente, intentaban apartar al chico de sus aficiones, no pudieron conseguirlo, y éste, con la decidida protección de don Tomás Conde y Luque, que ya lo viera en algunos tentaderos y queda-



Reproducción del cartel de la apoteósica corrida de «Guerrita» en 10 de abril de 1898.

ra prendado de su maña precoz, fué hacia adelante abriéndose paso, apoyado asimismo por Francisco Rodríguez «Caniqui», antiguo banderillero cordobés, y el inteligente aficionado Rafael Sánchez «Poleo».

1876-77.—«LLAVERITO», BANDERILLERO Y BECERRISTA.

Al fin cedió el padre, y Rafaelito Guerra, que por entonces empezó a utilizar el apodo de «El Llaverito», vió colmados sus deseos ingresando en la cuadrilla de jóvenes toreros titulada «Los niños de Córdoba», que organizó en 1876 «Caniqui», y que comenzó sus faenas en Andújar, el 8 y 9 de septiembre del año en curso. Con Rafael entraron a formar parte también «Torerito» y «El Mojino», sus inseparables camaradas.

C. M.^a DENDARIENA

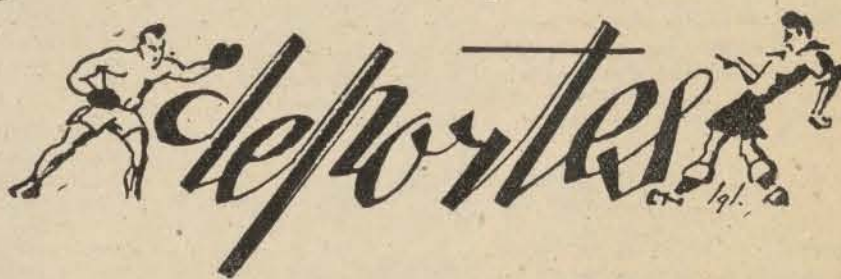
(Continuará.)

Banquete-homenaje a «Guerrita» a raíz del triunfo en la corrida del 10 de abril de 1898.





El histórico campo de San Mamés, en el que se decidió el título de campeón de Liga entre el Atlético de Bilbao y el Barcelona.



UN TÍTULO MAS PARA EL ATLÉTICO DE BILBAO Y DOS DELANTEROS CENTROS PARA NUESTRO FÚTBOL

Es la incertidumbre la que mueve principalmente esa masa enorme de aficionados que domingo tras domingo puebla nuestros campos de fútbol. Un camarada de lides periodísticas, el admirable Antonio Bellón, que maneja el lápiz con la soltura y la filigrana de una muletilla llevada por garbo con que siluetea sus caricaturas, ¡que ya es decir!, nos recelaba que nosotros, los deportivos, habíamos montado el cotarro futbolístico con una habilidad que él, taurino de pies a cabeza, envidiaba para «su fiesta», que es, como no ignoran nuestros lectores, la mismísima fiesta nacional. Es difícil, en verdad, que una competición, sea la que sea, mantenga el interés a lo largo de tantos meses como lo hace la Liga; pero que este incentivo vaya en crescendo, que ni por un momento decaiga su poder de atracción sobre los fanáticos, es, para el maestro Bellón, inexplicable. El supone, como tantos, y algunos no ajenos al cotarro deportivo, que existe una mano inteligentísima y hábil que monta y ordena competiciones, determina resultados y clasificaciones, haciendo con ese ir y venir, subir y bajar de equipos que la tila se valore desmesuradamente y que los «forofos» dejan a las arcas de los clubs su no despreciable montoncito de vil metal con el que se adquieren después jugadores a medio millón, que casi relegan con los suyos a segundo término los fabulosos contratos del nuevo jalifa de Córdoba la Sultana, Manolete. Y no hay tal amañeo. Nuestro difecto camarada, convencido por nuestros argumentos tras «cruentas» sesiones de diálogo, se entregaba en una frase que recogimos agradecidos. Fue ésta: «La gente del fútbol sois unos honrados y la justicia divina os premia». Y decía verdad; porque si hay algo que no puede discutirse como absolutamente legítimo son estos títulos que cada año se adjudican en nuestra tierra y tras los cuales se afanan no sólo los muchachos enfundados en atuendos multicolores, sino hasta «los más viejos de la localidad» respectiva, que se han sentido ganados por la belleza y la viril prestación de un deporte que apasiona como ningún otro.

¡Qué bonito es el fútbol! Tiene tantas facetas que es inagotable la cantera de la que sacar temas. Catorce equipos de primera división a un promedio de veinte jugadores dan un total de doscientas ochenta individualidades aptas para el análisis crítico. Siempre ha sido interesante este aspecto del fútbol. Sobre él se escribieron centenares de líneas en la época de oro de nuestro fútbol. Hoy, con más motivo, porque el jugador llega a los más altos puestos, a los de responsabilidad, sin haber pasado apenas por un período de adiestramiento previo, imprescindible en todas las actividades. Y es jugoso ver cómo van fraguando ante nuestros ojos de aficionados esas figuras apenas unos meses incipientes que en una temporada más llegarán a la madurez. Espectáculo interesantísimo al que asisten impasibles, por no preparados, cientos y aun miles de espectadores novicios, y en que nos recreamos aquellos que por viejos, más que... por diablos, sabemos algo.

A estas alturas, el título de campeón de Liga para 1942-1943 está ya decidido virtualmente. Casi a quince días de la última fecha redactamos nuestra crónica y es posible, aunque no probable, que ese brujo que tiene en su mano el tinglado futbolero nos juegue la mala partida de dejarnos

al descubierto ante nuestros lectores. Pero, no; la lógica interviene también en todo «esto» y ella nos dice que el Atlético de Bilbao conseguirá por quinta vez el campeonato y con él pasará a su poder la copa que se ha litigado durante trece temporadas. Todo quedó poco menos que decidido hace unos días en el histórico campo de San Mamés, en el que se enfrentaron nada menos que el titular de la capital vizcaína y el Barcelona. De todo aquel tropel de muchachos que, vistiendo los colores rojo y blanco y azul grana, saltaron al campo, había dos cuya actuación nos interesaba sobre todas. Eran Zarra, el chicarrón norteño, y Martín, el castellano, de Duenas, fraguado deportivamente en el corazón de Cataluña. Ambos se enfrentaban en encuentro decisivo. Ambos están en la segunda temporada de su vida de futbolistas, que es la que determina el porvenir y marca, casi indefectiblemente, la categoría a alcanzar.

Martín es ya todo un delantero centro. No fuimos testigos de la gran contienda sanmamesiana, pero el informe nos llega por línea fidedigna. Zarra, a su vez, hizo un gran partido, uno de esos que convencen, que obligan al comentario elogioso sin restricciones. Tienen los dos jugadores esa planta que en nuestro fútbol se ha exigido inexorablemente, con la excepción de Rubio, a todo aquel que aspire a ocupar el puesto de delantero centro en el equipo nacional. De Patricio a Mundo no se encuentra en nuestro once representativo ni un solo eje de ataque, salvo el mago Gaspar, que no fuera exponente de las virtudes raciales sobre toda otra condición. Bravura, profundidad y remate son las cualidades que pedimos. Y Zarra y Martín han llegado a ellas después de su primera temporada de catalogados en la categoría de ases. Que es la difícil de remontar. Por la razón siguiente: aparece un nuevo jugador y en las primeras jornadas de la Liga impresiona por su juego y por su eficacia. Llega con su club a los campos adversarios. Por primera vez el desconocido aborda las líneas contrarias. No se sabe de él más que por vagas referencias. Unos dicen es un Monjardín; otros que recuerda a Patricio. Y la mayoría de sus contrarios ni conocieron a Juan ni vieron en acción a Arabolaza. Y el novel les sorprende, y llega su éxito. ¡Oh! Lo difícil comenzará en el año siguiente cuando todos, ya sobre aviso, le esperen con esa prevención que se guarda para los ases. Si realmente lo es, se consagrará; si no, el olvido será con él. Se buscarán, equivocadamente, justificaciones: la jarana continua, el ensoberbecimiento... Todo puede ser que haya influido; pero la verdad más verdad residirá en que el ídolo de barro no ha podido soportar su segunda temporada.

Alegremonos de que la actual competición en sus postrimerías nos haya traído la consagración de Martín, que ya esperábamos, y la de ese ejemplar magnífico del fútbol vizcaíno que es Zarra. A éste le faltaba el chut. Y lo lució espléndido en San Mamés en la tarde en que su equipo quedaba, merced a su esfuerzo junto al de sus compañeros, a un paso del título de campeón de Liga. El hombre que por inexperiencia perdía una final de Copa en Chamartín era el puntal más firme del triunfo de un club un año después.

JOSE MARIA UBEDA



Martín, delantero centro del Barcelona.



Zarra, delantero centro del equipo vasco.

TURBACION

Novela sentimental

por JEAN HARKERY

(Continuación)

—Dice usted bien—sonrió con exquisita finura la señora Gerard—. Una vez que falte Felipe, no los habrá ya para ella...—Y acompañó estas palabras con una sonrisa tan enigmática, que llenó de zozobra el alma de Helena Bathine.

Los ojos vivaces de Enrique habían ya descubierto a Felipe en un saloncito, conversando con una jovencita. Con toda soltura guió a su hermana por entre las parejas y, bailando, penetraron en el saloncito. Deteniéndose de pronto, se dirigió a Lidia y Felipe:

—Lidia lamentó mucho no poder recibirte esta mañana, Felipe...—Y con una leve reverencia a la joven que lo acompañaba, le rogó concederle el resto del vals que se tocaba. La tomó por la cintura y salió bailando con ella, dejando solos a Lidia y Felipe.

Felipe Bathine no mostraba en su persona los defectos de su carácter; era alto, apuesto, elegante. Pero en todos sus rasgos se notaba una indecisión, una debilidad, que menguaban sus atractivos. En silencio miró a Lidia, que deliberadamente entraba en el jardín de invierno. La pálida iluminación confería a su rostro, a sus hombros y brazos, un encanto irreal; sus ojos maravillosos tenían expresión de orgullo y de dulzura a la vez. Sonriente preguntó ahora:

—¿No crees, Felipe, que sea innecesario este afán por huir de mí?—El, impresionado por su dignidad, su espléndida belleza, la miraba como hipnotizado, sin acertar a responder. Sobreponiéndose, por fin, a su debilidad, repuso con afectada despreocupación: —¡Como si eso fuese posible, Lidia!— Ella rió algo de la respuesta evasiva y continuó: —Supongo que obedecerías órdenes de tu mamá... ¡Parece considerarte siempre como a un chiquillo!—Es que...—tartamudeó él—. Mamá tiene forzosamente... que andarse con...

extremo cuidado: se trata de mi porvenir. Tengo ahora cierta responsabilidad, soy el único heredero de mi tío...

Ella le sonrió con algo de lástima, comprendiendo que seguía instrucciones precisas de la madre. Felipe ya proseguía con voz algo más segura: —Sé muy bien, Lidia, que nunca me amaste. Hasta juraría que te burlabas de mí, y será un alivio poder alejarme. Demasiado bien me dabas a comprender que te estorbaba y molestaba...

Lidia reflexionó rápidamente. ¿Sería posible que hubiese adivinado su secreto desdeñ? No, de ninguna manera... Aquí sólo la madre tenía sus manos en juego... Y habló con dulzura:

—Felipe, tú hablas por boca de tu mamá. Ella y tu tío están empeñados en casarte con una rica heredera. ¡Como si tu fortuna no bastase!— Felipe permanecía silencioso, pero la sangre subió a sus mejillas. En ese momento se reprochó Lidia no haberse preocupado nunca por atraerlo y, siempre sonriente, continuó: —Recuerda, Felipe, que a medias me formulaste una pregunta de importancia, cuando llegó la carta de tu tío. Sería cobardía no confesarlo. Y sólo quiero que sepas esto: jamás exigiré de ti el cumplimiento de una promesa, si no deseabas hacerlo...—Lidia vió que en la puerta conversaban sus dos hermanos, al parecer distraidamente, en realidad cuidando que no se les interrumpiese, y agregó: —¿Qué papel me obligas a hacer, Felipe?

—¡Lidia! Siempre te adoré, pero juraría que tú nada sientes por mí...—Quizá tengas razón...— Su voz adquirió éntonación altiva, y continuó con indiferencia: —Volvamos al salón. Tu mamá estará ya inquieta por tu prolongada ausencia... a mi lado.

El parecía turbado; nunca le había parecido Lidia más encantadora; ardientemente deseaba cambiar esa sonrisa desdeñosa en otra de admiración. Quería demostrarle su energía, su fuerza de voluntad, y con voz ronca por la emoción preguntó:

—Si ahora te lo pidiese, ¿te casarías conmigo, Lidia?— Trató de apoderarse de la mano de la joven, mas ella lo evitó, dirigiéndose rápidamente a la puerta, y murmurando: —Te contestaré más tarde...

Del brazo de su hermano Enrique volvió a entrar en el salón de baile. Siguieron el ritmo de un vals y la música apagó sus voces: —Me preguntó si me casaría con él... ¡Fue una victoria demasiado fácil!—susurraba Lidia al oído de su hermano. —¿Aceptaste?—preguntó él. —No; quiero hacerlo esperar... —¡Lidia, no podrá ser! Deberás rechazarlo... —¿A qué se debe este cambio de opinión? —Al veros juntos, comprendí que sería un sacrificio demasiado grande para ti... Felipe no te merece. Además, Helena Bathine te haría conocer el infierno... —Pues yo—aseguró Lidia con un débil destello de buen humor—le haré conocer otro...

Volvieron al lado de sus padres. Guillermo ya se había reunido con ellos, y de nuevo la familia Gerard constituyó una sólida falange, una brillante entidad. Lidia les sonrió:

—Hemos triunfado... No deberíamos habernos preocupado tanto—. Sentóse entre el padre y la madre; los copos de nieve de su corpiño comenzaban ya a marchitarse, pero ella levantaba la cabeza con orgullo, aunque en lo íntimo de su alma se sintiese fatigada. Su dignidad quedaba a salvo, pero las exigencias de la familia no estaban satisfechas. Cada uno de sus miembros

(Continuará)

Glucocenes

Oficinas
y
Valleres

ROCAFORT, 50

Sucursal de

EL AGUILA

S.A.

BARCELONA

PELAYO, 2

Sucursales en provincias:

VALENCIA / SEVILLA / CADIZ

VALLADOLID / MALAGA

ZARAGOZA / BILAO / SANTANDER / ALICANTE

CARTAGENA / GRANADA / ALMERIA / MURCIA

PALMA DE MALLORCA

MUJERE en la vida de Felipe II

De ellas, cuatro—María de Portugal, María Tudor, Isabel de Valois y Ana de Austria—fueron esposas del «Rey Prudente». Una, Isabel de Inglaterra, «la Reina Virgen», enemiga irreconciliable, y otra, la Princesa de Eboli, incógnita emocional.

Por IVAN DE VARGAS

Si alguna vida de monarca ha sido investigada, analizada con ahínco, con violenta pasión, con arrebatado juicio y afecta u hostil parcialidad, es la de Felipe II.

Centenares y centenares de volúmenes puede amontonar el erudito que pretenda realizar una minuciosa labor crítica sobre la psicología, ímpetus y afanes del heredero de Carlos V, e incluso el curioso que intente solamente una amplia información y una deducción particularísima sobre tan sugestivo, férreo y polifacético personaje.

Sin embargo, y por mucho que se estudie y profundice en tan amplia biografía, sólo se descubrirán tres factores esenciales para la combatividad de la regia figura: uno, primerísimo, el hecho de que Felipe II fuera rector supremo del Imperio más dilatado de todos los tiempos; otro, segundo, el recio espíritu carólico que alentó en el corazón del César español; y otro, tercero, y también definitivo, la vida austera que fué nota informativa y rotunda de la existencia del monarca «en cuyos Estados no se ponía el sol».

Es decir, envidia del poderío de Felipe II; odio de los protestantes al defensor de la fe, y vida íntima, recoleta y ponderada determinaron todas las «filias» y las «fobias» vertidas en los libros sobre la vida real del monarca español.

Y ello ha logrado cristalizar en dos leyendas diametralmente opuestas: la que denomina a Felipe II como «Demonio del Mediodía», y la que le considera como «Rey Prudente». Las dos concepciones no pueden ofrecerse más antagónicas: la primera corresponde a una comprensión protestante, nortea de horizontes y psicologías, materialista y sensual; la segunda, a una diáfana visualidad ortodoxa e hispana.

Enemigos del triunfo español, habían de buscar pretextos para lanzar y fomentar lo que más tarde se denominaría leyenda negra. Y ésta había de ofrecer a Europa la efígie de un Felipe II fanático, zaino, taimado y perverso. Era un modo de herir al glorioso Imperio español.

¿Cómo fué, en realidad, Felipe II? Raro será el español que, habiendo gustado el exquisito placer de la lectura, no se haya autoformulado esta pregunta, casi siempre respondida por él mismo de forma vaga, inconcreta.

Pero, si hay algún procedimiento de ahondar con éxito en la psicología de un personaje, es estudiándole en sus relaciones con la mujer.

El varón sólo ante ella descubre su verdadera personalidad, velada a veces a cal y canto. Así, por ejemplo, en la sucesión de los años Napoleón había de ofrecerse como un pobre hombre, como un impotente vital. Y así, muchos seres preeminentes en todos los órdenes que se han individualizado en la humanidad.

AMOR, COMO ENSUEÑO DE ADOLESCENCIA

1543. El príncipe don Felipe acaba de cumplir dieciséis años. Su augusto padre, político sagaz e imperial, estudia la conveniencia del matrimonio del heredero.

Tras profundas meditaciones, Carlos V solicita para su hijo la mano de doña María de Portugal, hija del rey Juan III y de doña Catalina.

La serena, plácida, meditativa adolescencia del príncipe Felipe no se opone al proyectado enlace. El ya sabe lo que representan las supremas razones de Estado, la disciplina filial y el interés del país.

Y así, el día 15 de diciembre de 1543, el joven Austria matrimonial con su prima, la infantil, hermosa adolescente doña María de Portugal.

Inenarrables fiestas se suceden como apoteosis nupcial. España vibra con intensa emocionalidad.

Y Felipe descubre en su ya esposa María de Portugal un suave, gracioso, señorial rostro, que guarda, avaro, un encantador tesoro de sonrisas.

Arrogante juventud atrae el amor. Es bella la nueva para los esposos. De ahí que el tiempo marche, veloz, al pretérito. Pronto, entre rubores plenos cuajados en el lindo rostro, doña María confiesa a Felipe su futura y próxima paternidad. Y es entonces, acaso, cuando el que ha de ser luego el más poderoso monarca de la tierra se encuentra más grande, más férreo y triunfador.

Pero la vida ha de verter en la copa de la existencia de Felipe II las primeras gotas de acibar. El 4 de julio de 1545, al año y medio de haberse celebrado el matrimonio de príncipes y cuatro días después de que doña María alumbrara al que en el tiempo había de ser el desgraciado infante don Carlos, fallece la esposa ésta.

Solemnes honras fúnebres se dictan para el cadáver de la desdichada esposa. Pero Felipe está ausente de todo: sólo asiste, acongojado, al mudo extatismo que le dicta, impetuoso y trémulo, su propio corazón.

Y el viudo de dieciocho años se enfrenta, grave y sereno, con la desgracia que le pretende domeñar, hundir.

UNA BODA «A LA INGLESA»

El César Carlos, máximo conocedor de la vida y de las ineludibles exigencias del Estado, estudia, pausado y firme, nuevo enlace para

su heredero. Pero la responsabilidad del proyecto permite que se sucedan los años.

Al fin, en 1553, la mirada del César español se detiene en Inglaterra. En el trono británico acaba de sentarse María Tudor. Y Carlos V percibe con su genial concepción que el matrimonio de Felipe con María Tudor puede dar a su heredero el más formidable poder ceñido por un hombre en todas las épocas de la historia.

Se promueven en seguida los pródromos de los sondeos diplomáticos, encaminados a estudiar las posibilidades y condiciones del proyectado enlace. El éxito de los trabajos iniciales permite que, al fin, se erijan cláusulas definitivas para el contrato matrimonial.

Y el 25 de julio de 1554, Felipe y María Tudor se unen en Winchester. La luna de miel la consuman los novios en el real castillo de Windsor.

Felipe de España comprende desde el instante que conociera a María Tudor que jamás logrará amarla. La nueva esposa es once años más vieja que él y la belleza y el encanto no son precisamente las determinantes de la reina inglesa.

María Tudor se ofrece fría y materialista, como si informara su vida una concepción numérica, y se enfrentan de este modo dos caracteres opuestos: uno, el de María, calculista y analítico; otro, el del príncipe, dominado y sereno por educación, pero pasional, turbulento, meridional.

Entonces, en tierras inglesas Felipe II conoce a Isabel, hermana de su esposa, y después reina de Inglaterra.

Isabel es desgraciada de rostro, un tanto huera y un mucho altiva. Gusta de ejercicios violentos y de pugnas prolongadas.

Y acaso el sueño virginal de la princesa británica se vea turbado por la visión de los ojos negros, encendidos y profundos del príncipe español, que se fijan en los de ella para vencerla, dominarla, abatirla.

María Tudor muere en 1559 sin dejar descendencia. Los propósitos del César Carlos se han visto frustrados por la desgracia.

En Inglaterra, luego, sube al trono Isabel I, la «Reina Virgen». Quizá óptimos ensueños

de la talluda doncella culminasen en el casamiento con el rey Felipe, pero éste no pretende ni un instante siquiera el propósito.

Y es eterna la conclusión: no hay peor odio que el que el amor desairado engendra, sobre todo si él no ha florecido en labios varoniles.

Y Felipe II cobra la más formidable e irreconciliable enemiga: Isabel I, la «Reina Virgen», ha de poner como norte crucial de su vida y aspiración máxima, el abatimiento rotundo del monarca español.



Felipe II.

ISABEL DE VALOIS, O LA PROMETIDA DEL INFANTE

En 1558, la majestad de Felipe II, a fin de fortalecer la política de paz con Francia establecida por el pacto de Chateau-Cambresis, determina el enlace de su primogénito Carlos con Isabel de Valois, hija de Enrique II. Pronto, llegados a un acuerdo los monarcas español y francés se marcaron los esponsales. No obstante, la temprana edad de los príncipes aconsejó dilatar la efectividad y consumación del matrimonio.

Es un año después cuando fallece María Tudor. Felipe II medita, pausado y grave, sobre la conveniencia de sostener el proyectado enlace matrimonial de su primogénito. El infante don Carlos ha comenzado ya a ofrecer claras muestras de su extravío intelectual y moral, que presuponen, ya en principio, la imposibilidad de, en su día, gobernar la nave imperial.

Y Felipe II es rápido en sus decisiones: en el año siguiente, 1560, sube al tálamo nupcial Isabel de Valois, o de la Paz. Hasta allí la conduce la férrea y a la par suave mano de su esposo, el César Felipe II.

Ocho años se deslizan felices para el matrimonio. Isabel de Valois ha encontrado en su esposo cariño y cobijo para su juventud, y Felipe ha gustado intensa, tiernamente, las perezas del amor.

En 1568 muere Isabel de Valois. Y los poderosos enemigos del más grande monarca se lanzan a atacar la fama y el honor de éste. Y una vez más, una mujer desairada, ahora Margarita, hermana de Isabel de Valois, es quien hiere más cruelmente.

Torva leyenda afirma el envenenamiento de Isabel de Valois a causa de los celos del esposo producidos por la amistad entre la reina y el príncipe don Carlos. Resulta tan pueril, tan ilógica, tan falta de fundamento la versión, que nunca los historiadores le han concedido el menor crédito.

LA ÚLTIMA MUJER DEL CESAR

Es la última esposa de Felipe II Ana de Austria. También ésta, como Isabel de Valois, fuera prometida del infante don Carlos. El óbito de éste, en 1568, determinó que Felipe II, dos años más tarde, matrimoniará con Ana.

Varios hijos concede Dios al matrimonio. Sin embargo, no ha de sobrevivir más que uno sólo, varón, y heredero, por tanto, del trono paterno, que algún día ha de poseer con el nombre de Felipe III.

El César español gusta ahora también el suave encanto de la paz familiar. Si la nave política le exige improbos trabajos, si rumbos rebeldes hieren el sueño imperial, el hogar es para Felipe como un remanso recoleto, como un descanso del camino.

Pero sobre la existencia plena de madurez del monarca español surge la sensual, voluptuosa, equívoca silueta de la princesa de Eboli.

¿Qué papel representa esta mujer en la historia del rey Felipe? Ya en estas mismas páginas se ha intentado pergeñar, escudriñar. Hoy sólo puedo decir, una vez más, que la princesa de Eboli resulta siempre la incógnita, por cuanto es la pasión, el pecado, el proceloso y abismal mundo de los sentidos. Y la incógnita femenina es, hasta ahora, el impulso que pone en suprema tensión el espíritu y la animalidad de los hombres.

frente al espejo

LA BELLEZA EN LA PRIMAVERA

No es suficiente, en la primavera que empieza, revisar el ropero, correr los comercios, consultar revistas de modas y acudir con los proyectos a la modista. Es preciso también pensar en renovar la vida, buscar nuevos motivos de belleza, pensando siempre que ésta no existe sin un rostro risueño, amable.

Para conseguir esto, que vuestra vida sea aún más sana. Permaneced todo el tiempo que os sea posible al aire libre y haced más ejercicio para gastar las energías de esta época del año. Para que el cuerpo conserve su forma perfecta es preciso cansarse. Saber respirar y saber correr. No lo olvidéis. En lugar de permanecer largas horas en lugares cerrados, andad por la calle. Abandonad los juegos que tienen por centro una mesa y dedicaos a un deporte; en lugar de utilizar vuestro coche, el «metro» o el tranvía, ejercitad los pies y salid de excursión siempre que os sea permitido. Saltad a la cuerda como niñas pequeñas. Y si os agrada la equitación, pensad que es un magnífico ejercicio.

En esta estación que comienza, adoptad firmes resoluciones y cumplídlas. Por un momento de pereza no olvidéis vuestros ejercicios gimnásticos. Y cada mañana haced, frente a vuestra ventana abierta, por lo menos, treinta o cuarenta aspiraciones.



Por lo que se refiere al régimen alimenticio, pensad que es muy peligroso recargar el estómago de alimentos inútiles y superfluos y que ciertas mujeres que no trabajan consumen más fuerzas en hacer la digestión que en vivir... Además, todas las facultades vitales intelectuales disminuyen, debido a una digestión difícil.

Para combatirlo podéis adoptar el régimen de un solo plato, sin principio ni postre. Preparad un plato que os agrade y comed hasta que os encontréis hartas. De esta forma satisfaceréis vuestro defecto, que os excita a comer, daréis gusto a vuestro apetito comiendo mucho, lo que en realidad no resulta un gran peligro, puesto que de un solo plato se llena uno bastante pronto. Además, comiendo un solo plato no daréis a digerir a vuestro estómago e intestino cosas heterogéneas e incompatibles entre sí y que exigen, las unas, el jugo gástrico para poder ser asimiladas, mientras que las otras no lo necesitan para nada, consiguiendo de esta forma que vuestro estómago no sea un campo de batalla en el que siempre seréis vencidas.

Renovad también vuestros cuidados de belleza y tened muy presente las indicaciones para mantener vuestro rostro en su lugar y para hacer el masaje conforme os lo hemos indicado en el número anterior. Cuidad también con una atención particularísima de ir siempre impecables. Que nada en vosotras trascienda a descuido o suponga un borrón sobre vuestra belleza. Cuidad del ademán y cuidad de la sonrisa. Que todo en vosotras sea nuevo, vital, juvenil.

Pensad que es la primavera.

LA DOCTORA FANNY.

Sociedad



La señorita María Luisa León Brezosa y don Julio Palacios Sáiz, a la salida del templo de San Fermín de los Navarros, después de la ceremonia nupcial.



La encantadora señorita Lys-Sizzo-Noris, hija de los condes de Sizzo-Noris, que en breve contraerá matrimonio con don Augusto González Regueral y Bailly, hijo de la condesa viuda de Santa María de Carrizo.



La encantadora y distinguida señorita Ana María Girón y Canthal, duquesa de Ahumada y marquesa de Ahumada y de las Amarillos, que en breve contraerá matrimonio con don Diego Chico de Guzmán y Mencos, hijo de los condes de la Real Piedad. La novia es hija de un ilustre prócer de abolengo madrileño, don Javier Girón, marqués de Ahumada y maestrante de Ronda, ya fallecido, y de doña Emilia Canthal, distinguida dama levantina, que goza en la aristocracia madrileña de grandes simpatías y admiración. Son hermanas de la novia, María Luisa, marquesa de Moctezuma, y Matilde, vizcondesa de las Torres de Luzón. El novio es maestrante de Granada y pertenece a una de las familias de la más rancia estirpe española. Su padre, don Diego Chico de Guzmán y Chico de Guzmán, conde de la Real Piedad, es caballero de la Orden Militar de Santiago y maestrante de Granada. La madre, doña Isabel de Mencos y Bernaldo de Quirós, es hija de los condes de Guendulain, grandes de España, cuya familia descende de los reyes de Navarra. La unión de estas dos nobles familias será un acontecimiento social para la aristocracia española.



La bella señorita Mercedes G. de Chavarri, elegantemente ataviada con traje de «gitana», convertida en una graciosa y simpática andaluza del barrio de la Macarena.



La bella señorita Matilde Rodríguez Balgañón, que próximamente contraerá matrimonio con don Enrique de Castro San Millán.



La bellísima y encantadora señorita Pilar Herraiz, que en breve contraerá matrimonio con don Carlos Urquijo de Federico.

Vosotros y el mago Merlin

de unos



de otros

Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de la ciencia del MAGO MERLIN, la influencia que ejercen los astros sobre su vida, los elementos fastos y nefastos que se confabulan en ella, envíen, dirigida al MAGO MERLIN, una carta en la que consignen sus nombres y apellidos, fecha — día, mes y año — y lugar de nacimiento

JOMAVILLE.—Selegna ha revuelto mis carpetas, ha encontrado su carta y ha armado un escándalo porque no le he contestado. Como las voces y los vocablos hirientes me resultan muy desagradables, me apresuro a hacerlo. Sus cualidades más esenciales son la constancia, la afectividad, el ahorro y la valentía; por el contrario, resulta usted caprichoso, algo rencoroso, su afán ahorrativo puede llevarle hasta la avaricia y también resalta algo sensual, pero su cualidad mejor, la que le brindará éxitos y triunfos, es la simpatía. El conjunto de su vida será bastante tranquilo y equilibrado y las luchas que haya en ellas serán debidas a motivos personales por empeño a vencer, lo que le hará chocar contra las resistencias. Su matrimonio será muy favorable; sin embargo, se indica un pesar o duelo en él. Le conviene una mujer brillante, de gran vitalidad, deportista y moderna. Sus actividades pueden igualmente llevarle a la ciudad o al campo, aun cuando sus aficiones le inclinen hacia la música o cuanto a ella se refieran. En cuanto a enfermedades, su signo da una vida larga; debe cuidar especialmente la garganta. En su agua de colonia elija aromas que recuerden el perfume de las rosas. Su animal mascota es la paloma; sus días, el viernes y el lunes; su número, el 61; en sus joyas busque la perla; sus colores, el rosa pálido y el blanco; su flor, la rosa blanca; su metal, la plata. Espero cualquier día recibir una nota anunciándome su matrimonio. Es usted exigente, pero le doy la razón.

R. A. P.—Compruebo en la colección que no ha salido usted contestado. Debí de haberse extraviado mi nota. Se la hago, pues, nuevamente. Es usted sincero, jovial, desinteresado, trabajador, vanidoso, astuto, algo cruel y testarudo. Destreza en las manos, elocuencia, amor a las artes y a ciertas ciencias, gustando el estudio en la soledad del despacho. Pasiones tranquilas, razonadas, pero con frecuencia vivas y numerosas; opiniones variables, ponderadas; pocos bienes en su juventud, la fortuna la adquirirá ya por su esfuerzo personal, ya por algunas sucesiones; pocos o ningún hijo y pocas satisfacciones por el mayor; puede dar incluso dos matrimonios, uno de los cuales será nocivo para su posición. Los empleos podrán ser de dos naturalezas y la posición difícil de establecer. Muchos obstáculos en la primera mitad de la vida. Tendrá enfermedades periódicas, pero de corta duración—anginas, neuralgias—. Muchos viajes y desplazamientos, pero ninguno largo por mar. Calumnias que intentarán dañarle en sus empleos o en las relaciones del corazón. Su color, el azul antiguo; su flor, el tulipán claro; sus metales, el bronce y los metales plateados; su piedra, el agua marina; su número, el 54; sus días, el jueves y el miércoles; sus animales mascota, el papagayo, el pavo real y el caballo; en cuanto a perfumes debe elegir, para su agua de colonia, aromas frescos y casi imperceptibles de clavel.

MARGARITA AZUL.—Veamos, pequeña, las cosas que se refieren a ti. Tu tipo es de mujer castaña; por lo tanto, debes maquillarte

en rosa y en rojo vivo, alegre y juvenil; para tus perfumes elige aromas que recuerden al tabaco rubio; para tus joyas elige el rubí y la cornalina; los colores que te van son el gris y el rosa, ya sea separados, ya amalgamados entre sí. Tu flor es esa caprichosa y cara:

Gratología

Rogamos a cuantos lectores deseen conocer, por medio de los rasgos caligráficos, su carácter o el de las personas que les interesan, envíen, dirigida a esta Sección y a nombre de SELEGNA, una carta de quince a veinte líneas. La carta debe ser escrita con tinta, el papel sin rayar y sin ayuda de falsilla. Para el examen grafológico no sirven las copias.

TAPI.—¿Se ha enterado usted de que sufro un resfriado o es usted acaso representante de la casa? De otra forma no se aplica la larga disertación, que no nos permite—he dicho muchísimas veces que las copias tan sólo sirven para el cesto de los papeles—decirle sino muy pocas cosas. Inteligencia despierta, amplitud de ideas, voluntad constante, poco comunicativo, en el sentido de hablar de sus cosas o de sus inquietudes, ciertas nostalgias y culto del pasado, impulsivo y con personalidad.

EL SARGENTO YORK.—Equilibrio moral y serenidad, facilidad de conceptos, gustos estéticos, imaginación viva y poderosa, espíritu cultivado, voluntad desigual que fluctúa en rachas de sus apasionamientos y de sus inquietudes, más poderosas cuanto más soterradas en fuerza de ocultarse, de aparentar ante los demás una especie de indiferencia. Locuaz y comunicativo con las correspondientes «rachas» de misoginismo. Gran sinceridad. Su temperamento es el de un artista, probablemente escritor, y en cuanto a su clase social, de la clase media. Quedan sus preguntas contestadas.

PILAR.—Lamento no haber podido acceder a su solicitud. Gran impresionabilidad, dominada por impaciencias y nervosismo. Afán de discusión. Tendencia a desanimarse y entristecerse y desesperarse; espíritu de contradicción. Bastante tenaz en sus cosas. Impaciencias e inquietudes con tendencia a soñar a crearse para sí un mundo de príncipes encantados y bellas princesas. Temor de que no la comprendan. Orden y meticulosidad para sus cosas. Y perdón si no le he contestado antes. La culpa la tienen las cartas que llegaron antes que la suya.

EMILIO.—Orgullo cuyas aristas desaparecen bajo una naturaleza seductora y una gran afectividad. Trabajo en decidirse, pero una vez vencidos los titubeos continuidad en la voluntad. Inteligencia, si no muy despierta, efectiva y operante. Afán de dinero, no como tacañería, sino como justo deseo para satisfacer necesidades. Generosidad. Impaciencias. Exactitud. No se lanza en los asuntos «a las locas» y tiene arrestos para esperar la coyuntura mejor. Imaginación y curiosidades muy vivas. Es usted un hombre perfectamente normal, es decir, que no se deja dominar por la materia ni emborachar por el espíritu. Pasemos ahora a la otra carta que le interesa.

LOS REYES MAGOS.—Espiritualidad, voluntad constante, cierto sentido de contradicción, por la dulce suavidad de verse vencedora; fantasías, deseos de ternura y de afecto. Impulsiva, apatías algo frías, pero sentimental y deseosa de congraciarse y de resultar agradable. Gran sentido del deber y perseverancia.

la orquídea. Tu metal, el hierro; tu número, el 42, y tus días, el miércoles y el martes. Posees grandes y buenas cualidades; eres reflexivo, sagaz, hábil, con inventiva, y eres también—ya ves que no te oculto nada—irónica, charlatana, astuta y adulatoria, pero por encima de este tejido de cualidades y defectos domina tu decisión rápida y firme. Los éxitos en la vida los conseguirás por la inteligencia, pero debes combatir una especie de pereza y de precipitación que malogra justas y buenas aspiraciones. Tus aptitudes te pueden llevar al comercio; los negocios, especialmente aquellos que se refieren a la alimentación. En cuanto a enfermedades, debes cuidar aquellas que se refieren a los pulmones y a la circulación. Para marido necesitas un hombre que, sea a la vez que afectuoso y comprensivo, fuerte y dominante. Estás atendida, pequeña.

ticos y en ciertas ocasiones machaconería y exactitud. Le deseo grandes éxitos en esas dos carreras donde usted descuella y por las que siente afición. Su caso no es ninguna paradoja ni ningún fenómeno usted. Conste.

M. PILAR (Madrid).—Ignoro si Selegna le ha contestado; si no fuese así, hágale la reclamación; yo contesto en lo que a mí me atañe. Su color, el azul marino; sus flores, el tulipán negro y también aquellas de tonalidades oscuras; sus metales, el bronce y el hierro; en sus joyas elija la amatista. Su número, el 57; sus días, el jueves y el sábado; sus animales mascotas, el perro y el caballo negros. Su tipo es de morena clara; le recomiendo se maquille en ocre y en ciclamen y que utilice en sus perfumes el aroma fresco, limpio y vivificante del espliego. Es usted sincera, jovial, desinteresada, trabajadora, pero es también presumida y testaruda, pero lo que domina en todo es una especie de espíritu místico y religioso. El éxito en su vida lo conseguirá haciendo gala de espíritu fuerte y de autoridad. Sus aptitudes personales parecen llevarla hacia la dirección de una empresa, sea ésta en la ciudad o en el campo. En cuanto a las enfermedades, le recomiendo vigile aquellas que pudieran referirse a la evolución de la edad o a la asimilación. Por lo que respecta al matrimonio, le conviene un hombre deportista, ducho en negocios. Me alegraría quedase usted satisfecha.

UNA DIOSA DEL OLIMPO.—¿Cuál de ellas? Estudiemos las reacciones de su alma y podremos decir... Un constante estar sobre sí y un temor que le cohibe de no obrar bien. Por ello, una especie de timidez, de ocultarse a sí misma y de reconcentrarse y hasta de cometer esas tonterías que me dice. Poca voluntad, pero ésta bastante constante. Rectitud y equilibrio de las facultades. Afabilidad y bondad. Instinto de lucha. Deseos de hallar un corazón que la comprenda. Finura espiritual, educación y alma agradecida. Ya ve que no debe temer...

B. P.

BANCO DE LA PROPIEDAD

Capital: 10.000.000 pesetas

Administración de fincas
Anticipos sobre alquileres
Compra - Venta - Anticresis
Banca - Valores - Cupones
Depósitos - Cajas alquiler
CAJA DE AHORROS
CÁMARA ACORAZADA

Asesoría Jurídica
Asesoría Técnica

Gerona, 2 (Rda. de San Pedro) - Teléf. 53191
BARCELONA

Sucursales en
MADRID - VALLADOLID - ZARAGOZA

Agencias en
BADALONA - HOSPITALET DE LLOBREGAT Y TARRASA

Dirección telegráfica: PROPIEBANC

CUPÓN N.º 18

Es imprescindible acompañar este cupón en cuantas consultas se realicen a cualquiera de las Secciones de nuestro semanario.



DICE SU CARA:

De la base de la barbilla a la de la nariz. Afinidades materiales.

Inteligente. De poca experiencia, sin embargo, para la convivencia vital; pero oportuna en su expresión e imponiéndose, por su cultura y simpatía innata.

Exenta de reacciones extraordinarias. Muy natural.

Prefiere una franqueza cruda a una insinceridad agradable.

Su ambiente lo insombreado; lo sencillo y, a la vez, confortable, lo que permanece, lo que evoca intimidad.

Gran afición a los ruisenores, por la esbeltez de su cuerpecillo, la melodía de sus gorjeos y su habitabilidad de las arboledas; al sol, por considerarse en su calidad de fuente vital; al mar quieto en su azul; al firmamento tranquilo y tachonado de estrellas; czardas, por sus contrastes líricos; al violonchelo, que la adormece el pensamiento.

Refractaria a las noticias sensacionales y las grandes concentraciones de público.

En los ratos libres que la deja el rodaje, huye de la ciudad hacia el halago del campo, a que es muy aficionada.

En la mesa, la place ignorar el menú, y cuando come fuera de su hogar manda componer aquél a base de los platos que en el momento se le ocurren, pues en el aspecto paladial le agrada lo imprevisto.

Lo acariciador, lo optimista y lo misterioso son temas preferidos en sus lecturas. Sus libros aparecen graciosamente marginados, como atestigua Jean Marcray, uno de sus más asiduos entrevistadores, al citar una de dichas marginaciones, que dice: «Amar es poco. Sentir por alguien, ¡eso sí que vale la pena!»

Enemiga de la exhibición excesiva, busca la discreción en sus modelos, en sus joyas, entre las que prefiere collares de perlas chicas. Su gema es la amatista, por su color violeta, que rima con su modestia peculiar. Su flor, la rosa de té, a la que denomina «Julieta de mi jardín». Su mejor día, el domingo, por significar la iniciación de sus correrías campesinas. Su hora predilecta, la del crepúsculo.

Destacan en su práctica deportiva el «camping», el nautismo y lo hípico, pues es una magnífica timonel y amazona, atrayéndola el peligro como un vino fuerte.

Se maquilla por sí misma y sin recargar su maquillaje, aplicándose en el menor grado posible. A diario, al terminar aquél, se da su imprescindible baño de jugo de loto, para pro-

mover la conservación de su epidermis.

De la base de la nariz a la línea de las cejas. Afinidades sentimentales.

De alma clara, creyente, confiada, expansiva hacia los demás, anhelosa de vibrar y ser sentida, dominada íntegramente por los mandatos del sentimiento y el arte, especialmente la música y la pintura, que le hacen gozar hondamente.

Desde su infancia, hostil al encimio y la lisonja, si bien le agradaba y la sigue agradando el estímulo de la crítica sincera.

De cerebro sano, equilibrado, sen-

sato. Incapaz de pensar varias cosas a la vez, con desdén para lo superfluo y complacencia hacia lo trascendente. Buena, imaginativa, soñadora, amiga de la luz natural y las perspectivas alegres, de las formas complicadas.

Sincera, como se ha dicho, cordial, afectuosa, amistosa, tierna, femenina y delicada. Su verdadero marco es el hogar.

De la línea de las cejas a la cima de la frente. Afinidades pensantes o espirituales.

En amor, apasionada, franca, sensitiva, vibrante, mimosa, celosa, cau-

tivadora, infantil, exquisita en gracia y coquetería, aficionada a la sorpresa y a sentirse prácticamente adorada, viendo promovido sin cesar el inquietante realce de la ilusión. Intima.

Su tipo de hombre: moreno, eficiente, camaraderil, optimista, tan como ella; de inteligencia viva, ambicioso de amar y ser amado, infatigable en la expresión, guapo, varonil, adinerado, atlético y de encantadora picardía.

Su consejo amoroso a la mujer es: «Déjate querer y quiere para ti más que a él; pero cuando haya de conocerlo, que tenga la inquietud de adivinarlo».

J. BREMON SANCHEZ



Diana Durbin

Estudio fisiognómico



Recordando de una noche

de Lola, con lo que se acrecienta la camaradería entre los jóvenes, confiando la muchacha a su nuevo amigo la historia de su vida y las razones que la desviaron del camino recto. «He carecido de ese cariño de hogar que al par que conforta, guía; la rigidez excesiva, la incomprensión y el egoísmo me impulsaron a ansiar mi independencia.» El, buen conocedor de la vida, desde la amplia atalaya de su cargo, va más allá de lo que ella no quiso decir.

Más tarde, por si podía caberle alguna duda, se la aclara el hostil recibimiento que hace a su hija Lola la señora Leander, que ha contraído nuevas nupcias y en la sequedad de su alma la había olvidado por completo. La acogida, en efecto, no puede ser más descorazonadora para la que, más que nunca si cabe, necesita cariño y maternalidad. Dos lágrimas furtivas definen el callado dolor que a Lola le produce la frialdad con que es acogida; fuera de allí no tiene a nadie ni a quien dirigirse, y Jack, comprensivo, una vez más, la lleva a casa de los suyos, reverso de la que deja ya para siempre.

Su madre y su tía Emma se desviven, desde el primer momento, por demostrarle, como de costumbre, hasta dónde alcanza su cariño; por reflejo acogen a la muchacha con bondad y simpatía, más aún al apreciar que por encima de sus errores, que conocen por Jack, conserva un fondo excelente más destacado al descubrirlo la reacción a que la incita el ambiente, honrado y la expresión de cariño y cordialidad de que se siente rodeada.

Se sienten él y ella mutuamente afines, llegando Jack, inducido por su atracción y aprovechando la coyuntura de una fiesta, a declararle su amor, que no pasa inadvertido a la señora Sargent, obligándola a pedir a Lola no aliente tal sentimiento, ya que la boda iría en perjuicio de la reputación y la carrera del joven fiscal, conseguida a costa de sacrificios, estando Lola dispuesta a añadir a éstos el suyo propio.

Amor contra deber. Cuando Jack espera, con su mayor ilusión, ser correspondido, Lola le rechaza, rehusa rehuir la acción de la justicia y se muestra dispuesta a expiar sus faltas.

Celebrado el juicio, y aun cuando el fiscal advierte a la procesada que su excesiva severidad sólo va encaminada a suscitar la piedad de los componentes del Jurado, Lola se confiesa culpable, alcanzando leve sanción por la nobleza de su gesto.

Expiación. Tras de la reja sonríe y sueña una mujer. Ante sus expedientes un hombre medita, quisiera acortar el plazo..., y cuando éste expire, otra vez, con la regeneración que dignifica, el amor que compensa.



Para librarse de la posible influencia que sobre él pudiesen ejercer las delincuentes, valiéndose de su femineidad y belleza, Jack Sargent, joven fiscal del distrito de Nueva York, inteligente y activo, cuya carrera se auspicia brillantemente, suele acentuar con aquéllas su severidad.

Actualmente tiene que intervenir en el juicio que por robo se sigue contra Lola Leander, bella y atractiva si las hay. Debido a la proximidad de las Navidades, el Jurado se siente benévolo en este caso y Jack no se opone a tal benevolencia, pidiendo sea aplazado el fallo hasta pasadas las referidas fiestas, a fin de que la acusada pueda pasar tan señalados días con sus familiares; un poco más y no costaría mucho inclinarse a la absolución.

No obstante, la vocación puede mucho y más aún el deber que de ella emana. Jack reconoce que, por primera vez, emplea una estratagema y siente cierto remordimiento que le impulsa a obtener de un amigo deposite la fianza precisa para que Lola pueda salir esos días en libertad provisional. Como es natural, con ello se atrae su gratitud, que, personalmente, le expresa la muchacha, y al enterarse él que son ambos naturales de ciudades vecinas, se ofrece a llevarla hasta su casa, en su coche, recogiendo a la vuelta, ya que saldrá asimismo para pasar las fiestas con su madre.

Viaje juntos. Del trato incidental nace recíproca simpatía.

Un fortuito percance ocurrido al coche hace que sean detenidos el fiscal y su acompañante y se les conduzca transitoriamente ante el juez, quedando en libertad merced al ingenio



★ Forja de Almas ★



La vida y el amor, haciéndose carne de sueños de dos almas, en Granada, la «bien llorada». Estrofas de juventud; pensamientos que se engarzan en quimeras magníficas; caricias y cantares. Poema de guitarras besando a la noche; de arpegios. Callejas estrechas, para guarda del moruno alfanje de la luna. Sonajas y martilleo. Por fondo de majeza para proezas de bandera noble, la Sierra. Cerca, la mejor flor de la gitanería andaluza.

Borda el idilio la juglería íntima de las palabras eternas. El y ella obedecen de veras al corazón, encantado de promesas. Juventud, caudal y cariño, apadrinando. No callan sonrisas sus miradas felices; el porvenir promete presentar todavía más hermosas realidades que las que el presente prepara. Todo se llena con el ansia de quererse más.

Y cuando hay bordado de luz en el tapiz negro del cielo, se saluda la filigrana de la reja, con sahumerio de hierbabuena, por unos ojos que se dicen, recíprocos, el secreto de un quererse suave, confesando verdades interiores en la mejor elocuencia de una emoción hecha silencio.

Motas de color en los percales. Rosas, margaritas, pitimínies entre los cabellos, que riman con el bronceado de los rostros. Palmas para más impulso del cante. Razones de los morenos seguidores de todos los caminos. Momentos de paz de la tribu nómada. Gitanería.

Relumbra la fragua con la estrofa del fuego. El carromato es un extraño mundo de madera, navío de tierra que si ancla no deja estela fuerte de su paso. Misterio. Dolor. Nostalgia.

Cambia la vida en vocación altísima. Se abren puertas de sol nuevo para él; es el cauterio humano de la más alta de todas las misiones. El sacerdocio unge de predestinaciones la senda. ¡Nobilísima, prestigiosa figura del Padre Andrés Manjón! ¡Apostolado blanco de palabras proféticas!

Extraordinaria revelación pedagógica: la indestructible eficacia de las clases en plena Naturaleza; racional aprendizaje por el sistema de la directa percepción de los sentidos. Inolvidable creación de las luminosas escuelas del «Ave María». Trayectoria de lumbrarada de inteligencias; ganancia de almas para Dios; humildad; sacrificio; llamada de hijos en sombra hacia la grandeza del Padre. Abnegada prédica de amorosa cosecha entre los que han «hambre y sed de justicia». ¡Nobilísima, prestigiosa figura del Padre Andrés Manjón!

Recoge todo ello la pantalla con fidelidad para ejemplarizar al espectador, con propicias calidades filmáticas, con interés creciente, con sensaciones que han de persistir en el recuerdo; dominada con maestría la honda psicología del personaje, los diversos matices de la acción.

Exacto, asimismo, el conjunto de los exteriores; prodigalidad en los medios y escrupulosa biografía, que pone de relieve la vida del santo fundador, sin variación alguna de hechos ni detalles.

Una partitura concebida con adecuada inspiración y primorosamente ejecutada, constituye el broche digno de la categoría del argumento, que pauta interesante senda a seguir para nuestras productoras nacionales.

ALBERTO ROMEA,
MANOLITA MORÁN
y JUAN ROA en
FORJA DE ALMAS



MARIKA RÖKK

No tardó mucho que tan graciosa mujer como Marika Rökk, con su extraordinario talento y facilidad para bailar, conquistó uno de los primeros puestos entre las «estrellas» de la pantalla. Es húngara, aunque nació en El Cairo; ya como niña demostró una gran pasión para la música y el baile, logrando, siendo aún muy joven, éxitos colosales en toda Europa y en el Ultramar. Después de su regreso, la joven y dotada artista arriesgó el brinco al cine, y con éxito; muy pronto fué contratada para muchos años. Desde entonces, Marika Rökk ha logrado ruidosos triunfos en cada una de sus películas. La «estrella» que nunca puede ser representada por un «double»—tampoco en las más difíciles cosas acrobáticas—pertenecer hoy a las más preferidas del público. Todos nos acordamos de su temperamento y gracia en las películas «Música y Amor», «Luna de Mayo», «Noche embrujada» y «Kora Terry».

MARINA von DITMAR

Nació el 30 de octubre en San Petersburgo. Hija de una familia alemana de militares que residió en San Petersburgo, visitó, regresados sus padres a Alemania, el colegio en Hermannswerder, cerca de Potsdam. En París y Berlín se dedicó al estudio del arte dramático, celebrando su «debut», como joven amante, en Bremen. Pasando el antiguo teatro de Léipzig, llegó a Berlín, donde actuó en el Theater am Kurfuerstendamm, en la Comedia, en el Schillertheater, y en la Volksbühne. Ya pronto fué descubierta para la película sonora, donde hizo su primera actuación en la película «Madre e hijo», a la cual siguieron otras, como «Ciudad Anatol», «Pour le mérite», «Amores y amor» y «Tu vida es mía». El profesor Karl Ritter contrató a la joven artista para la nueva película «G. P. U.».

"ABANDONO"

en el Cinema Bilbao



Corinne Luchaire, protagonista de la gran producción Ufisa-Ufilms "Abandono", que desde el lunes se proyectará en el cinema Bilbao.

He aquí una película para la que habría que inventar nuevas hipótesis publicitarias, si queremos calificarla justamente. «Abandono» es nada más y nada menos que una historia de amor. «Una historia de amor» tal como se concibe cuando hablamos de ellas, con sacrificios heroicos, con renunciaciones que valen una vida. «Una historia de amor» llena de romanticismos; con personajes que nos cautivan el corazón unos, y otros que repelemos por sádicos, pero que nos hacen vivir con ellos su propia vida en una fusión por milagro del arte.

«Abandono» es la gran superproducción en la que la famosa «estrella» Corinne Luchaire y el gran actor Giorgio Rigato (el George Rigaud que en el cine francés alcanzó tan grandes triunfos y que en esta película reivindica su propio nombre y nacionalidad) alcanzan el más relevante éxito de su vida artística, junto con nombres tan prestigiosos

como el de María Denis, Sancho Ruffini, Oswaldo Valenti y Camilo Flotto. «Abandono» es la película que no olvidaremos nunca, porque en ella vivimos durante unas horas unas vidas del 1800 tan semejantes a las de ahora, con sus amores, sus traiciones y sus quimeras, que nos parecen muy de hoy.

Ufilms, la marca que bate el record de los éxitos presentados por una distribuidora, nos presenta esta superproducción, tan llena de belleza, desde el lunes 5 en el Cinema Bilbao.

CINEMA BILBAO

Desde el lunes, día 5,
la gran superproducción

"ABANDONO"

con

CORINNE LUCHAIRE,
MARIA DENIS
y GIORGIO RIGATO

UFILMS

UNA SUPERPRODUCCION EXCEPCIONAL

Primer Premio de Dirección
BIENALE VENECIA 1942

Dirección: SASSO! I Gino CERV
Luis HURTADO

Dirección: MARIO CAMERINI

UNA PRODUCCION
LUX



LOS NOVIOS

Según la novela de ALEJANDRO MANZONI

DISTRIBUIDORA BALLESTEROS

AVENIDA

LUNES
ESTRENO

Toleradas para
menores

UNA MUJER ELIJE...

ENTRE EL AMOR DE
UN HOMBRE SENCILLO

LA FASCINACIÓN
DE UN MALVADO

UN
DRAMA
DEL OESTE
EN 1860



MANDO SINIESTRO

RAOUL WALSH ~ DIRECTOR
COM

CLAIRE JOHN
TREVOR WAYNE

WALTER
PIDGEON

ROY ROGERS • GEORGE HAYES
PORTER HALL • MARJORIE MAIN
RAYMOND WALBURN

DISTRIBUCION • CHAMARTIN





El escándalo de los subarriendos

Uno de los temas que más apasionan, desde hace muchos años, en los medios y corrillos teatrales, es aquel que se refiere a los subarriendos. Nadie, que nosotros sepamos, lo ha abordado con aquella imparcialidad y justicia que requiere esta cuestión.

En el teatro existe esta lacra inadmisible, desde hace muchos años, sin que nadie haya señalado con cierta serenidad la enorme perturbación que supone para el próspero desenvolvimiento del negocio escénico la continuidad del actual estado de cosas. Muchos años hace también que se habla de poner remedio a tal exceso; pero, sin saber por qué ni por qué no, es lo cierto que todo sigue igual, y el problema adopta caracteres de insolubilidad, mientras hay gentes, que sin explicárselo nadie, siguen recogiendo, de la manera más cómoda y sin quebraderos de cabeza, el fruto vitalicio de un viejo contrato de arrendamiento de un local. Este primer arrendatario, sin contar en la mayoría de los casos con la propiedad del inmueble, lo subarrienda a su vez a otro empresario, y éste último a otro, y así sucesivamente, hasta cuatro y cinco señores, que, como es consiguiente, hacen «mutis por el foro» para percibir diariamente una saneada renta que les permite vivir de una manera espléndida, sin que el menor sobresalto ni la más leve inquietud turbe jamás las horas fáciles de su cotidiano vivir.

Que estos señores vivan lo que se dice estupendamente, a nosotros nada podría importarnos, si con ello no se produjese gravísimo trastorno para cuantos quieren honradamente jugar el dinero con la explotación directa de un negocio teatral. Pero, es lo cierto, que la conducta—legal, a todas luces, mas poco moral, indudablemente—de estos privilegiados del subarriendo, el negocio escénico so-

lamente es «un negocio» para ellos y no para quien arriesga su dinero o su solvencia económica, o, a veces, su prestigio artístico.

Las paredes de algunas de las salas de espectáculos adquieren precios verdaderamente escandalosos. Cualquiera ingenuo que pretenda formalizar un contrato con el último de sus subarrendadores, habrá de pasar por exigencias verdaderamente leoninas, que acabarán, en la mayoría de los casos, por agotar las reservas económicas de quien menos merece perder: el explotador directo. Mientras hay locales que han sido arrendados por una cantidad excesiva u otros que han ganado doscientas mil pesetas largas, en muy poco tiempo, con cierto espectáculo, las llamadas empresas de compañía suelen perder lo que se dice hasta la cabeza. Detalles de éstos podríamos aportar muchos y muy sabrosos, mas la índole del tema nos impide adentrarnos demasiado en una cuestión a la que tan sólo nos guía el deseo de darle el remedio adecuado, el facilitar la prosperidad del negocio teatral, y el de salir al paso de las demasías y excesos impunes de esta docena de caballeros, sobre los que debe recaer inexorablemente la responsabilidad de los grandes fracasos económicos que se dan a menudo en la vida teatral, con el consiguiente perjuicio para los artistas—a los que, forzosamente, ha de regatearse sus sueldos, en el mejor de los casos—y de cuantos trabajan en su torno.

Este estado de cosas impulsa inconscientemente a los últimos subarrendadores a cometer abusos sobre los productores del teatro, y su desfachatez llega a irritar al flemático más desapasionado.

¿No habría manera de acabar, o por lo menos vigilar los pingües ingresos de estas gentes tan poco escrupulosas?

CRÍTICA

Velada simpática y amable fué la celebrada el miércoles último en el Infanta Isabel. Los críticos teatrales desempeñaron los papeles masculinos, en unión de Isabelita Garcés y del resto de las actrices de la casa, de la excelente comedia de Joaquín Calvo Sotelo, que, a su vez, interpretó el papel central de la comedia, todo ello para recaudar fondos con destino al Dispensario Francos Rodríguez. La doble jornada resultó tan simpática como brillante, y los críticos-actores se comportaron tan admirablemente como los actores-críticos en los respectivos juicios que éstos imprimieron al siguiente día en los diarios madrileños.



Olvido Rodríguez, primera figura femenina del gran elenco de verso integrado por Fuensanta Lorente, Manuel París y Vicente Mari, cuyo debut se anuncia en Valladolid el próximo sábado de Gloria y cuya presentación en Madrid es esperada con la natural expectación.

En Fontalba, y tras de su breve e inoportuna indisposición, reapareció Elio Guzmán, con «Marina», que cantó, a pesar de resentirse todavía de su afección laríngea, de una manera irreprochable. Con Elio Guzmán ha compartido el éxito de su reaparición en días sucesivos, la gran cantante Matilde Vázquez, magnífica de forma y de voz, especialmente en «La Francisquita» y «Luisa Fernanda», así como el tenor Calvo de Rojas. «Jugar con fuego» ha sido la última de las zarzuelas que hemos oído cantar en esta brillante temporada lírica de Elio en Fontalba. En ella, el gran cantante ha puesto a prueba, una vez más, su dominio escénico, sus inagotables facultades y su voz maravillosa.

Con caracteres de estreno se ha repuesto en el Infanta Isabel la comedia de Enrique Jardiel Poncela, «Un marido de ida y vuelta». Las

excelencias cómicas de la obra del popular autor, fueron aprovechadas admirablemente por el elenco de la casa, para hacer reír de lo lindo a su público favorito, e Isabel Garcés, con su extraordinaria intuición y su indudable desenvoltura escénica, conquistó nuevamente grandes aplausos, como premio a su labor meritísima.

Maravillas ha renovado su espectáculo folklórico nacional, con la inclusión en su nuevo programa de números que constituyen un contrasentido al título que campea en el citado espectáculo: «Cabalgata». Nos referimos a los vales vieneses y al tirolés, que nada tienen que ver con el sentido netamente español que, hasta ahora, vibraba en aquel programa. Mas como estos contrasentidos se dan con bastante frecuencia en los recortes escénicos, nosotros no tenemos por qué entrar a discutirlos, sino solamente señalar el error, que tanto desdice del resto del espectáculo, donde brillan con luz propia el arte personal de Lola Flores y el de Carmela Montes, y pare usted de contar.

En Fuencarral se ha repuesto la divertida y amable comedia de Antonio Quintero, «María la famosa», donde Selica Pérez Carpio, con su arte, cada día más acusado en esta nueva modalidad teatral, reverdecía las excelencias de la comedia, a la que extrajo todo el garbo y la gracia que encierra. El público, que llenaba por entero la sala, tributó a Selica Pérez Carpio y al resto de su compañía una calurosa ovación, y el telón se levantó repetidamente, mientras el

autor agradecía desde el palco escénico el homenaje.

Rafael López de Haro nos trajo al escenario del Cómico su última obra titulada «Sencillamente». Como en su anterior, al señor López de Haro no le acompañó tampoco la fortuna. «Sencillamente» es éso: «sencillamente» sencillo; tan sencillo, que no es nada; mejor dicho, si es algo, porque, por lo menos, sirve para que María Arias, a pesar de sus largos pasos en escena, nos ratifique esa superación magnífica que no regateamos en proclamar, y que Luis S. Torrecilla nos dé a lo largo de «Sencillamente» una lección de buen teatro, tanto en lo que a él respecta como actor, como cuanto se refiere a la dirección de su buen conjunto escénico.

María Fernanda ha celebrado, el sábado último, su beneficio. En esta nueva ocasión, la ilustre y admirada actriz ha vuelto a percibir de cerca el calor y el entusiasmo de un público fervoroso, que le prodigó justamente pruebas de cariño acendrado y de afecto sincero, tanto durante la representación admirable de «La enemiga», como en el instante conmovedor de la lectura de las sentidas e inspiradas cuartillas que le dedicó el crítico de *Informaciones*, Alfredo Marquerite, al final de las cuales, y ante la emoción de María Fernanda, el público tributó a la genial actriz la más cálida y sincera ovación que hemos oído hace mucho tiempo. Un número crecidísimo de cestas y ramos de flores pusieron la nota de color y de alegría, junto con la presencia y la actuación de Celia Gámez, en la jornada imborrable.



Isabelita Revoltosa, la gran canzonetista española, que actúa con éxito extraordinario en las principales salas de espectáculos de la ciudad condal. Su arte personal, cada día más elevado y firme, es elogiado unánimemente por la prensa barcelonesa, donde el público le tributa a diario grandes ovaciones.

Con el teatro completamente lleno celebró el lunes, en Martín, la centésima representación de «Luna de miel en El Cairo». Con este motivo, los autores, que recibieron a su vez el cálido homenaje de las ovaciones fervorosas del público, hubo en la simpática sala un interesante y entretenido fin de fiesta como homenaje a los afortunados autores de la amable y lim-



Gema de Samaria, bellísima y encantadora artista coreográfica que ha sido recientemente contratada, después de sus ruidosos triunfos en Portugal, por la gran empresa Odra, y cuya presentación en el Español de Barcelona sorprenderá por su arte y sus grandes cualidades escénicas.

pia opereta, que fué interpretada con la mayor perfección, si cabe, a la de la noche de su estreno.

Maruja Vallojera, «vedette» cantante de la compañía, intervino al final, en el pasacalle «Me llaman la Presumida», acompañada por las triples y actores del elenco. Seguidamente, Pilarín Cerezo bailó, de manera magistral, dos números de meritisima factura y difícil ejecución, seguida de Conchita Páez, quien con Bárcenas y coreados por toda la com-

pañía, realizó éste una genial interpretación en el número cómico del concertante de «Vampiresas 1940». La mencionada «estrella» cantó después «el Pichi», de «Las Leandras», y la encantadora y bellísima Isabelita Nájera, más guapa y más artista que nunca, interpretó, de manera irreprochable, «Los besitos», también de «Vampiresas 1940». Todos cuantos cooperaron con su esfuerzo y entusiasmo a la brillantez de la jornada, recogieron desde el palco escénico los aplausos encendidos del público en honor de autores e intérpretes.

Nuevo «Charivari» en Price. Y éste de ahora, para romper la elevada monotonía artística de esta afortunada invención de Carcelle, a cargo de artistas femeninos. De su éxito no hay que hablar. Solamente registramos aquí las estruendosas ovaciones con que se premió la labor de cada una de las actantes, especialmente las que le tributó el público a Reyes Castizo, así como al resto de los muchísimos números que integran este nuevo «Charivari» y a las dos Victorias Píters, al igual que a la familia Pompo y Thedy, sencillamente graciosos en sus nuevas parodias y pantomimas. Otro exitazo de los grandes que añadir a los muchos que Circuitos Carcelle ha logrado desde hace dos años largos, de ininterrumpida actuación en Price.

El último estreno que alcanzamos es el celebrado la noche del martes en Calderón. La premura de tiempo y la falta de espacio favorecen considerablemente al espectáculo, impidiéndonos dar toda la importancia que merece nuestra personal y desfavorable impresión. Desconocemos las razones de la inexplicable inclusión de nuestro primer actor cómico, Rafael López Somoza, en el elenco, ni aun en el reparto de la obra de los señores Romero y Fernández Shaw, con música del maestro Quiroga, titulada «Pepita Romero». No solamente no se aprovechan las grandes facultades, sino que hasta su intervención llega a colocarlo al borde del fracaso. En cuanto al resto de la obra, mejor será no hablar. Por eso hacemos punto final.

EL DUENDE DE LA GLORIETA

DOS AUTORES, UNA INTÉRPRETE Y...

Muñoz Román y el maestro Alonso, Maruja Vallojera y Juanito Rodríguez

El secreto del éxito. • Dos «vedettes» en un mismo conjunto. • Una dirección acertada. • El junquito del maestro. • Y otras curiosidades más o menos interesantes.

DESPUES DEL PRIMER «CENTENARIO»

Mejor aún, de la centésima representación de esta nueva y triunfal opereta, que llena Martín todos los días, y que se llama «Luna de miel en El Cairo». El momento no puede ser más propicio para el reportaje, y aunque para hacerlo hemos tenido que valernos del portero, aquí estamos dispuestos a la disección pública de estos afortunados paladines de la taquilla, que, a fin de cuentas, es lo que importa. ¿No le parece a usted, mi querido Juanito?

El portero nos ha dicho, en un lenguaje poco claro:

—Yo sólo sé que no me canso de romper boletos. De eso que usted me pregunta...

—Pero, ¿aquí nadie sabe anticiparse al éxito de una comedia, en una sala donde precisamente se han dado tantos en estas últimas etapas?

—¡Ah! Eso, don José se lo podrá decir a usted. Pero, por lo que he oído, y de esto le ruego que no diga nada, don José, a pesar de que él tiene siempre seguridad en sus obras, nunca está seguro de lo que le aguarda la noche del estreno.

—¿Y no conoce usted algún dato

de estos momentos que anteceden a los estrenos de sus obras?

—Tan sólo uno, que he oído relatar a él. Fué con motivo de la presentación en Pavón de «Las Leandras». Un amigo y admirador suyo le felicitaba por carta, en las prime-



MAESTRO ALONSO

ras horas de la mañana siguiente al día del estreno, y le aseguraba rotundamente que aquella obra se eternizaría en los carteles.

—¡Vaya vista! Oiga: ¿es verdad que se va a reponer por las tardes la célebre «Doña Mariquita de mi corazón»?

—Nada he oído. Pero lo veo difícil, por ahora. El montaje de «Luna de miel en El Cairo» es muy complicado y haría imposible aquel otro.

—¡Oiga! Ahora en confianza: ¿están contentos con Maruja Vallojera?

—¡Vaya una pregunta! Contentísimos. ¿Usted sabe lo que gusta esa artista? ¡Y lo bien que canta! Yo escucho, a la salida, los comentarios del público, y no «vea» usted lo que dicen. Hablan de su gracia, de su desenvoltura escénica, del garbo y del donaire y de no sé cuántas cosas más.

—¿Cuándo reaparece Mari-Carmen?

—Yo, de eso tampoco sé nada. Las noticias que tengo son de que sigue enferma, y que en cuanto se reponga volverá a triunfar en Martín, alternando con «La Vallojera».

UNAS PREGUNTAS SIN RESPUESTA

El consiguiente cigarrillo nos abre otro crédito al interrogatorio, un tanto forzado. Mientras se oyen las clamorosas ovaciones en el interior de la sala, nosotros proseguimos nuestra conversación con este portero, tan poco confiado como comunicativo.

—¿Qué obra prepara ahora Muñoz Román con el maestro?

—¿Con qué maestro?

—¿Con quién va a ser? Con Alonso.

—No, señor; si ahora se rumorea que a la próxima obra le pondrá música Jacinto Guerrero.

—¿Es posible?

—Y tan posible. Por lo visto, «Doña Mariquita de mi corazón» estaba destinada al autor de la partitura de «La montería», pero las cosas se desviaron y fué nuevamente el simpático maestro Alonso quien le colocó a célebre musiquita, que tan popular y famosa se hizo la temporada anterior.

—Entonces, ¿cómo Jacinto no ha colaborado ahora con Muñoz Román en «Luna de miel en El Cairo»?

—Usted quiere saber demasiado. Pero, en fin, supongo que será por idéntica razón a la anterior. Lo que sí puedo asegurarle es que don José está terminando el primer acto de la que dedica a don Jacinto.

—Se estrenará aquí, ¿no?

—Aquí o en Colisevm.

—¿Cómo?

—Eso he oído también.

—No lo entiendo.

—¡Ah!, pues yo tampoco.

Por la escalera desciende el orondo—«Qué chiquillo»—Luisito Cabañas. Luisito Cabañas es el digno gerente de una empresa regida por un hombre de la competencia y de la rigidez administrativa de Juanito Rodríguez, tan enemigo de recuadro como inseparable del buen puro habano. Luisito—bueno, eso de Luisito vamos a dejarlo, porque aun cuando su espíritu es, según assevera, eternamente joven, él no es lo que se dice un chaval—nos gasta unas cuchufletas a cuenta de nuestras preguntas aclaratorias, y nos encamina por otros derroteros indagatorios.

—Yo no sé más que de mis cosas, y esas que tú preguntas no son de mi incumbencia.

—¿Cuándo termináis aquí la temporada?

—A fines de mayo.

—No habrá más estrenos, claro.

—¡Después del éxito de la centésima representación y con el teatro lleno hasta los topes!

—¡Ya, ya! Y para la próxima, ¿qué hay?



MARUJA VALLOJERA

—Como haber, hasta ahora, no hay nada; pero se preparan muchas y muy buenas novedades.

Como anillo al dedo, hace acto de presencia el simpático y gran compositor Paco Alonso. A él nos agarramos, como a un clavo ardiendo, en busca de la noticia; pero el maestro, con su proverbial amabilidad, rehuye toda contestación y agita el junco que siempre le ha acompañado a lo largo de su brillante historia musical y en las noches nerviosas de sus triunfos clamorosos.

Pero ni Alonso ni Muñoz Román,



MUÑOZ ROMAN

que acaba de sumarse al grupo, nos cuentan nada de nuevo. Impresionados por el éxito de la jornada con que se conmemoró las cien representaciones de «Luna de miel en El Cairo», buscan en sus palabras de gratitud para todos cuantos intervinieron en la memorable velada, como respuesta y valladar a nuestras preguntas.

Y para no desvanecer ni agriar las mieles del éxito, nos vamos con la «música a otra parte».

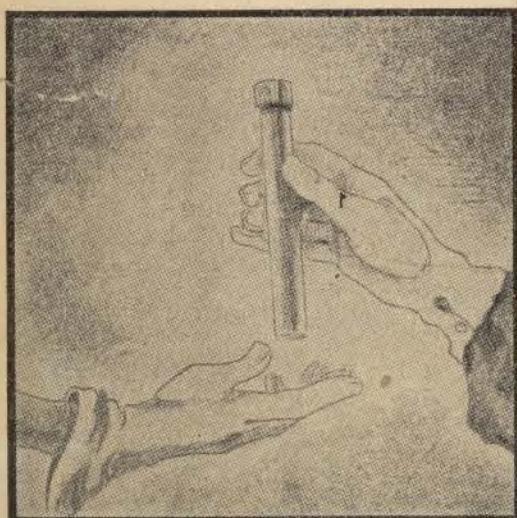
ANDRES MONCAYO



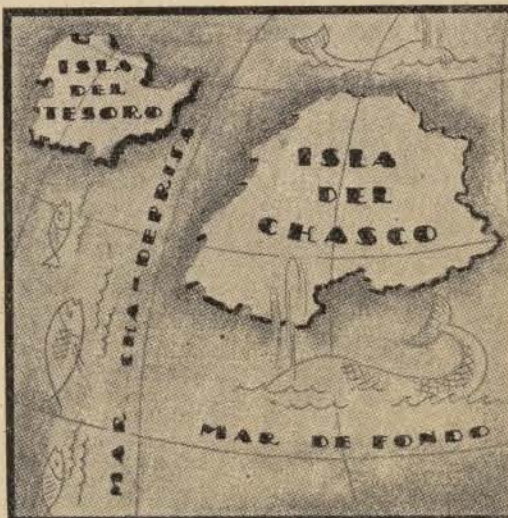
PRIMERA PARTE.-Capítulo XVII.- ¡¡Los planos!!



I.—Cuando la infame bruja Perruna abrió el cofre y vió que contenía un papel dibujado que recordaba a una carta geográfica, su vista y su cabeza se nublaron por la codicia, y sin pensar en la Princesita lanzó el grito que ya conocemos de *[Patapalo, ya tenemos los planos]*. ¡Volemos hacia la isla del Tesoro! La infame bruja Perruna ya no piensa en nada que no sea apoderarse del tesoro, y lanzando una especie de aullido por el hueco de la chimenea, hace su aparición el cuervo *Picotazo*, montado en una enorme escoba que les sirve de vehículo para tan larguísimo viaje.



II.—Acababan de salir, cuando Pirete y Pirata, siempre vigilantes, presentáanse ante la Princesita. Esta tenía en la mano un tubo de plata: «¿Dónde encontrasteis eso?», pregunta Pirete. «Debajo de una piedra», responde la Princesita.



III.—Pirete abre el tubo y lanza un grito de júbilo: «¡¡Los planos!!». Pirete explica a la Princesita el valor que tiene ese papel, y se lo guarda después de verlo.



IV.—«Bien» dice Pirete dirigiéndose a la Princesita—. Espero que tendréis muchas ganas de reunirnos con vuestro padre. «¡Ya lo creo!»—contesta la Princesita—. Descando estoy de poderlo abrazar.



V.—Los que sigan el curso de estas aventuras recordarán la contraseña que les dejó Piquirín a Pirete y Pirata para cuando necesitaran algo de él. Pues bien, dice Pirete *[Piquirín, ven al momentin]* y aparecerse fué todo uno.

Ilustraciones y texto de ROSKI-PINEL.
FOTOGRAFADO GRÁFICO HISPANO



VI.—Pirete dice al saladísimos Piquirín: «Necesitamos un hermoso caballo que corra más que el viento para poder llevar a la Princesita junto a su padre». No hubo terminado de decirlo cuando el mismo Piquirín se transformó en un precioso caballo blanco alado.
Atravesando mares, salvando montañas y cruzando valles van nuestros valerosos Pirete y Pirata con la Princesita a la Corte del Rey Generoso I.

(Continuará en el próximo número.)

ALDUS, S. A. DE ARTES GRÁFICAS. - CASTELLÓ, 112. - MADRID



TAJO

